

## 1. TEORIAS SOBRE EL ESTADO DEL BIENESTAR

Uno de los temas que en estos últimos años recorre con más interés el campo de las ciencias sociales es el de las transformaciones y cambios del Estado moderno. Estudiosos de las distintas disciplinas —historiadores, economistas, sociólogos— vinculados a paradigmas diferentes, cuando no opuestos, tratan de explicar y describir cuál es la lógica del desarrollo y evolución que las instituciones estatales están sufriendo en esta segunda mitad del siglo xx. El motivo de este interés se centra no solamente en la importancia que el aparato del Estado ha tenido desde siempre en la estructura y gestión de la sociedad sino, sobre todo, en el papel protagonista que ha tomado a partir de la segunda guerra mundial, permeando todos los rincones públicos y privados de la vida social, de tal manera que lo han transformado en el agente más importante de la producción y reproducción de la sociedad. El Estado actual se encuentra así, en algunos de sus aspectos fundamentales, lejos de sus postulados originarios del *laissez faire*, y tratando a toda costa de que su última formulación como Estado del Bienestar no sea todavía más sobredeterminadora.

Los orígenes de este intervencionismo se remontan a la época de Bismarck y a la legislación social que estableció el canciller en la Alemania de fines del siglo xix<sup>1</sup>, se prolongan irregularmente hasta nuestros días<sup>2</sup>, y toman un peso decisivo más ho-

---

Este capítulo ha sido publicado, precedentemente, en la revista *Sistema*.

<sup>1</sup> J. Tampke, «Bismarck's social legislation: a genuine breakthrough?», en *The emergence of the Welfare State in Britain and Germany, 1850-1950*, W. J. Mommsen y W. Mock (comps.), Londres, Croom Helm, 1981, páginas 71-84.

<sup>2</sup> Para un estudio de la periodización del *Welfare State*, véase P. Flora y A. Heidenheimer (comps.), *The development of Welfare States in Europe and America*, Londres, 1981; H. Hecló, «Towards a new Welfare State», en P. Flora y A. Heidenheimer, ob. cit., p. 384; G. Therborn, «Classes and States: Welfare States developments 1881-1981», en *Studies in Political Economy*, núm. 14, verano de 1984, pp. 7-41.

mogéneo a partir de 1945 cuando la mayor parte de los países capitalistas desarrollados adoptan la doctrina del *Report Beveridge* y la política económica keynesiana.

El *Report Beveridge* (1942) trataba de afrontar las circunstancias de la guerra y suavizar las desigualdades sociales a través de una doble redistribución de la renta que actuase sobre la seguridad social y otras subvenciones estatales<sup>3</sup>. Por su parte, la teoría keynesiana intentaba paliar los efectos de la depresión actuando sobre la demanda a través del Estado. Así pues, la expansión de los programas de bienestar actuados desde arriba se justificaba no sólo con el fin de acudir a las necesidades más primarias de la población, sino también como política para regular el mercado y reavivar el consumo. Esta política socio-económica, con diferentes matices, fue llevada a cabo, en buena parte de los países europeos, tanto por los partidos políticos de la derecha como por los de la izquierda moderada, y sus más vivos defensores fueron los gobiernos socialdemócratas.

El *Welfare State* ha actuado así durante veinticinco años con un éxito considerable, en un período de crecimiento económico sin precedentes, asegurando el nivel de vida, el empleo, los servicios sociales básicos —salud, educación, jubilación—, incentivando el mercado y la producción, fomentando la paz, la estabilidad social y siendo un ferviente defensor del consenso entre las distintas fuerzas sociales.

Esta política de bienestar gestada desde arriba se trasluce claramente en las cifras del gasto público y el aumento de las cargas fiscales. En el primer caso, los países de la OCDE durante la última década rondan el 50 % del Producto Nacional Bruto<sup>4</sup>, lo que supone que el Estado se ha convertido en el empresario más importante de los países capitalistas avanzados<sup>5</sup>, y con respecto a las cargas fiscales, el aumento de las tasas en los países europeos se ha más que doblado en un período de veinte años<sup>6</sup>.

Este cambio tan importante del papel del Estado con respecto a los distintos sectores de la vida social en su conjunto, ha

---

<sup>3</sup> W. H. Beveridge, *Social insurance and allied services*, Cmd 6404, Londres, 1942.

<sup>4</sup> G. Therborn, «The prospects of labour and the transformations of advanced capitalism», *New Left Review*, núm. 145, mayo-junio de 1984.

<sup>5</sup> J. Picó, «El management moderno», *Sistema*, septiembre de 1984.

<sup>6</sup> P. Flora, «Solution or source of crises? The Welfare State in historical perspective», en *The emergence of WS*, W. J. Mommsen (comp.), ob. cit., pp. 343-390.



traído aparejados otros cambios en las relaciones sociales de la «sociedad civil», como son: el aumento de la burocracia y en general de la mano de obra empleada en el sector terciario, con la consiguiente pérdida de protagonismo de los sectores primario y secundario; la institucionalización del movimiento obrero a través de los sindicatos y su participación política corporativa, que ha supuesto un cambio de composición y comportamiento de las clases sociales; el acceso a un determinado tipo de bienes —educación, salud— a través de la relativa igualdad de oportunidades y de una redistribución indirecta de la renta —que ha generado una mayor conciencia ciudadana, un clientelismo del Estado y un derecho adquirido difíciles de erradicar en momentos de recesión, etcétera. Los cambios del *Welfare State* han afectado, así, no sólo a la distribución de la renta y a la acumulación del capital sino también a la productividad del trabajo y a muchos de los valores y derechos que se han ido adquiriendo durante este período.

Ahora bien, la crisis de los años setenta ha replanteado la mayor parte de sus postulados y de su función. El final del crecimiento económico, la inflación, la crisis fiscal y por tanto de los recursos para el gasto público, y sobre todo el fin del pleno empleo y el comienzo del desempleo masivo, han mostrado no sólo las limitaciones de esta fórmula social sino sus contradicciones internas. El intervencionismo estatal, más que una ayuda para resolver los problemas de la sociedad actual, parece haberse convertido en un impedimento, y una pérdida de confianza cada vez mayor se acrecienta a su alrededor.

El fracaso del *Welfare State*, mantenido y avivado por los gobiernos socialdemócratas, que han visto en él una conquista de la clase obrera y un instrumento de cambio social, ha traído y generado críticas, tanto por parte de la derecha más radical como desde la izquierda marxista. Los primeros lo enjuician como una barrera para el crecimiento y propugnan un giro sistemático hacia el *laissez faire* y el monetarismo, y en esa praxis se encuentran actualmente los gobiernos de Inglaterra y EEUU. Los segundos lo consideran como una conducta defensiva de la clase dominante y han abierto un debate teórico enriquecedor sobre todo para las perspectivas de la izquierda. Ambos han contribuido a suscitar interrogantes y nuevos problemas tanto en lo que se refiere al concepto del Estado moderno, su génesis, estructura, legitimación, etcétera, y al papel que ha de jugar, como a las limitaciones y contradicciones que rodean su formulación actual.

En este primer capítulo voy a intentar poner de relieve cuáles son los postulados de cada uno de estos paradigmas y explicar algunas de sus argumentaciones.

## I. LA RAZON LIBERAL-DEMOCRATA

El pensamiento liberal-demócrata o pluralista nace con las doctrinas liberales del Estado y en su primera etapa se preocupa sobre todo de su aparato legal e institucional. Después de la segunda guerra mundial ha conocido una nueva proyección en el área angloamericana (Schumpeter<sup>7</sup>, Lipset<sup>8</sup>, Almond y Verba<sup>9</sup>, Dahl<sup>10</sup>, etcétera), y recientemente algunos de sus mentores más representativos del ala conservadora han atacado duramente las políticas de bienestar<sup>11</sup>.

Esta tradición concibe el Estado como un conjunto de instituciones políticamente neutrales y ajenas a otras fuerzas sociales. El Estado es necesario para crear, definir y reforzar el marco regulador en el que operan las distintas fuerzas políticas, económicas y sociales. Las sociedades capitalistas occidentales son pluralistas y los poderes políticos y económicos están institucionalmente separados.

En principio, el Estado es visto como un instrumento pasivo cuya función consiste solamente en facilitar las reglas y el marco en el que operan las fuerzas sociales, sin tomar ningún protagonismo en el cambio social, y a lo sumo responde a los problemas que genera la economía de mercado.

Con respecto a la sociedad, su punto de vista es que, aparte de las clases sociales, existen muchos componentes en la determinación del poder, es decir, muchos centros de poder. Consideran el poder como el resultado final de un proceso de negociación entre numerosos grupos sociales que representan intereses diversos; por ejemplo, organizaciones empresariales, sin-

<sup>7</sup> J. Schumpeter, *Capitalism, socialism and democracy*, Nueva York, Harper Brothers, 1942.

<sup>8</sup> S. M. Lipset, *Political man*, Londres, Heinemann, 1960.

<sup>9</sup> G. A. Almond y S. Verba, *The civic culture: political attitudes and democracy in five nations: an analytic study*, Boston, Little Brown, 1965.

<sup>10</sup> A. Dahl, *A preface to democratic theory*, Univ. of Chicago Press, 1956, y también *Pluralist democracy in the United States: conflict and consent*, Chicago, 1967.

<sup>11</sup> La revista *Daedalus*, que dirigen D. Apter y D. Bell, en su núm. 4 de 1979 dedicaba todo el volumen al ambicioso Estado moderno.

dicatos, partidos políticos, grupos étnicos, etcétera. Para ellos es cierto que existen muchas desigualdades sociales y que no todos los grupos tienen acceso en igualdad de condiciones a los recursos pero todos tienen fuerza suficiente o algún tipo de poder que pueden utilizar para contrarrestar las otras fuerzas. En este juego de fuerzas sociales el gobierno trata de mediar entre demandas competitivas, y se constituye a sí mismo, bien en árbitro de la situación o bien, en casos excepcionales, en un grupo más a competir. La competitividad es justa, genera eficacia y decisión y asegura el carácter democrático de la sociedad. El Estado es neutral y trata de conciliar los intereses plurales de los grupos que actúan en la sociedad.

El Estado del Bienestar, para esta corriente de pensamiento, nace con el advenimiento de la industrialización, la complejidad y la modernización de la sociedad actual. El sistema productivo genera demandas funcionales en el campo de la política del bienestar que alguien debe suplir. Es decir, las transformaciones generales de la sociedad industrial dan lugar al nacimiento de grupos sociales que reclaman derechos, legislación proteccionista, libertades, etcétera, y el Estado se apresta con orientación pragmática a solucionar estas crisis con intervenciones de compensación. Son políticas sociales que tienden a solucionar crisis de crecimiento. La política social del Estado, es decir, el *Welfare State*, se convierte así en un aspecto de la política económica en función de la actuación de una serie de valores humanos, y esto supone una modificación de las estructuras sociales conectadas directa o indirectamente al proceso productivo, pero estas modificaciones no ponen nunca en discusión las estructuras fundamentales de la organización social.

La extensión del *Welfare State* a lo largo de la historia se ve como una consecuencia del desarrollo de los elementos fundamentales de la modernización de la sociedad, y constituye la fórmula actual de la participación política y la redistribución de la renta, en aras de la integración de los sectores más desfavorecidos. A partir de 1945 estos principios tomaron cuerpo teórico tanto en la vertiente económica —Keynes— como en la social —Beveridge—, postulados ambos que habían nacido para hacer frente a la Gran Depresión. Hemos visto que el keynesianismo propugnaba la intervención del Estado para sostener la demanda y asegurar un alto nivel de actividad económica y pleno empleo, mientras que el informe del gobierno inglés «*Social insurance and allied services*» proponía políticas de protección social a los sectores más desfavorecidos, y por tanto la distri-

bución indirecta de la renta, que completaba de esta manera la economía de mercado, subsanaba los desequilibrios del *laissez faire* y ayudaba a la paz social. El Estado liberal, cuyas contradicciones habían llevado en Europa a la crisis de los años treinta, mostraba así su faceta reformista racional, y recuperaba de nuevo su legitimidad sin cambiar fundamentalmente ni su economía de mercado ni su estructura social de clase.

En este ambiente, de crecimiento económico y bienestar social generalizado sin grandes tensiones, la influencia americana en Europa desarrolla las ideas de la sociedad industrial avanzada o posindustrial; la revolución managerial<sup>12</sup>, el equilibrio del sistema<sup>13</sup>, el final de las ideologías<sup>14</sup>, etcétera, y toman cuerpo y se refuerzan otras como el corporatismo<sup>15</sup>. Se trataba de introducir también la legitimación ideológico-científica del proceso.

Los cambios que se han producido en la sociedad por una política continuada de bienestar, junto a la expansión de estas ideas en grandes masas de población, hacen pensar que hemos entrado en una nueva etapa de la historia, donde las transformaciones tecnológicas, el cambio de valores y la modernización general, hacen olvidar los comportamientos políticos y sociales anteriores a la última guerra, y, sobre todo, el más importante, la lucha de clases que, en su formulación clásica, pertenece a otras etapas de la historia donde imperaba la economía competitiva de mercado. El corporatismo sustituye así buena parte de estos comportamientos sociales, sobre todo en el área de las relaciones económicas y de trabajo.

### 1.1. *El corporatismo*

Aunque el corporatismo nace ya a finales del siglo pasado, tomando como modelo los mutuos derechos y obligaciones que unían los Estados medievales, con el intento de armonizar la lucha de clases<sup>16</sup>, su praxis se extiende considerablemente con el auge del *Welfare State*, a pesar de que el Estado fascista lo

---

<sup>12</sup> J. Burnham, *The managerial revolution*, Greenwood Pub., 1941.

<sup>13</sup> T. Parsons, *The structure of social action*, Nueva York, Free Press, 1968.

<sup>14</sup> D. Bell, *The end of ideology*, Nueva York, Free Press, 1961.

<sup>15</sup> H. L. Wilensky, *The new corporatism. Centralization and the WS*, Londres, Sage Publications, 1976.

<sup>16</sup> O. Newmann, *The challenge of corporatism*, Londres, MacMillan Press, 1981.

había utilizado previamente como fuerza represora contra las organizaciones obreras<sup>17</sup>.

Esta creciente estructuración corporatista de la sociedad es interpretada de forma distinta según el modo de producción y la forma de Estado que cada autor utiliza en función de su interpretación paradigmática<sup>18</sup>, como veremos más adelante. Tomando solamente algunos de sus representantes más significativos y cuyas definiciones son más utilizadas diremos que para Schmitter el corporatismo es definido como «un sistema representativo de intereses en el cual los grupos que lo constituyen están organizados en un número limitado de categorías individuales, no competitivas, jerárquicamente ordenadas y funcionalmente diferenciadas, reconocidos por el Estado a quienes concede un monopolio representativo deliberado a cambio de que obtenga un cierto control en la selección de sus líderes y en la articulación de sus reivindicaciones»<sup>19</sup>. Para Schmitter el corporatismo es un fenómeno ampliamente extendido, una alternativa al pluralismo, y subraya las bases funcionales de la representación que consiste en que todos los miembros representados se corresponsabilizan, lo que no ocurre en la representación pluralista que es más dispersa, voluntaria y desjerarquizada.

Lehmbruch<sup>20</sup>, por su parte, lo concibe como un fenómeno más amplio que una simple forma de representación y ve en él una nueva forma de hacer política (*policy-making*), un modelo institucionalizado de decisión política. Los partidos políticos no agotan la representatividad política y otros grupos y organizaciones complementan la vida política organizada ganando poco a poco legitimidad.

Por último Panitch<sup>21</sup> ve el corporatismo como una estructura política, dentro del capitalismo avanzado, que integra a los gru-

---

<sup>17</sup> H. Rogger y E. Weber (comps.), *The european right*, Londres, Weidenfield and Nicholson, 1965, y J. Weinstein, *The corporate idea in the liberal state 1900-1918*, Boston, Beacon Press, 1968.

<sup>18</sup> Una aproximación crítica a todas sus posibles definiciones la encontramos en F. L. Wilson, «Interest groups and politics in Western Europe. The Neo-corporatist approach», en *Comparative Politics*, vol. xvi, núm. 1, octubre de 1983, pp. 105-123, y también en D. Coates, «Corporatism and state in theory and practice», en *Corporatism and Welfare State*, M. L. Harrison (comp.), Gower, 1984, pp. 122-135.

<sup>19</sup> P. C. Schmitter y G. Lehmbruch (comps.), *Trends toward corporatism intermediation*, Londres, Sage Publications, 1979.

<sup>20</sup> G. Lehmbruch, «Liberal corporatism and party government», en *Comparative Political Studies*, 10, 1977, pp. 91-126.

<sup>21</sup> L. Panitch, «Recent theorizations of corporatism: reflections on a growth industry», en *British Journal of Sociology*, 31, 2, 1980, pp. 161-187.



pos productivos socioeconómicamente organizados a través de un sistema de representación y de interacción cooperativa mutua a nivel de liderazgo y movilización, y de control social a nivel de masa. Por tanto, se trata de *una estructura política* parcial que no desplaza la representación parlamentaria ni la Administración. Aparece asociado al intento de contener la fuerza política y económica de la clase obrera, y aumenta a medida que las medidas nacionales de contención salarial se consideran elementos centrales, cuando el Estado intenta enfrentarse a las tendencias inflacionistas y aumentar la competitividad internacional que pretende la economía capitalista avanzada. Así pues, es un instrumento del capital para reforzar la legitimación del Estado y su política económica.

Cualquiera de las definiciones que se adopte para explicar este complejo fenómeno, bien la marxista o bien la funcionalista, lo cierto es que la praxis corporatista se ha extendido como instrumento político del *Welfare*, y la sociedad pluralista ha desembocado poco a poco en fórmulas políticas cada vez más corporativizadas<sup>22</sup>, debido probablemente a que la praxis corporativa es un fenómeno específico que combina tanto la representación como la intervención<sup>23</sup>, y de ahí su rápida difusión en una sociedad caracterizada por la mediación política.

Ahora bien, para el pensamiento liberal, el corporatismo es una necesidad de la complejidad que ha alcanzado la sociedad industrial, representa una solución no coercitiva al conflicto de intereses y un esfuerzo para lograr el consenso y la paz social. Operando sobre todo en la esfera del consumo trata de regular el mercado, e integrar a los grupos más marginados. También se ve como un desplazamiento de la democracia liberal en una economía donde la industria está altamente concentrada y el mercado libre no es la forma dominante de la relación económica<sup>24</sup>. La legitimidad corporativa del Estado, al hacer partícipes de las decisiones al resto de los grupos sociopolíticos, supera o al menos modifica la legitimidad del liberalismo más primario basada exclusivamente en el mercado, puesto que las estructuras corporativas tratan de mediar y modificar la dominación del capital y desvelan sus contradicciones más duras. En resu-

---

<sup>22</sup> G. Lehmbruch y Ph. Schmitter, *Patterns of corporatist policy-making*, Londres, Sage Pub., 1982.

<sup>23</sup> A. Cawson, *Corporatism and Welfare*, Londres, Heinemann Educat. Books, 1982.

<sup>24</sup> J. K. Galbraith, *The new industrial state*, Boston, 1967. Véase también, *The anatomy of power*, Corgy Books, 1985.

men, el Estado necesita la presencia de estos grupos no sólo para legitimarse, sino para armonizar los intereses y salvar las contradicciones que pueden llevarle a la crisis total del sistema.

Esta sería, a grandes rasgos, la doctrina que ha guiado al *Welfare* para los gobiernos moderados tanto de la derecha como de la izquierda.

## 1.2. La reacción conservadora

Las evoluciones y cambios del *Welfare State* no le han evitado la crisis de los años setenta; recesión económica e inflación, pérdidas masivas de empleo, crisis fiscal del Estado y aumento sin precedentes de la deuda pública, son algunas de las características más sobresalientes del coste del sistema para mantener el bienestar económico y social. Las críticas del liberalismo más conservador no se han hecho esperar y el desencanto de la población votante ha cambiado en pocos años el signo de importantes gobiernos europeos. Se trata, para los conservadores, de un repliegue de las fronteras del Estado para evitar que el crecimiento del *Welfare* produzca más daños que remedios<sup>25</sup>, y para los marxistas, de la eclosión de las contradicciones del capitalismo avanzado<sup>26</sup>, y la evidencia de que el *Welfare* ha sido una política de transición al servicio del capital con un final previsible.

Las teorías del industrialismo y poscapitalismo se han venido abajo, el paradigma keynesiano se encuentra agotado y el *Welfare State* pierde legitimación. Desde el otro lado del Atlántico liberales como Rawls, minimalistas como Hayek y Nozick y comunitarios como Nisbet se muestran escépticos con respecto al derecho del Estado o a su capacidad para establecer la justicia y personificar el interés común, y reclaman una vuelta a sus dimensiones normativas<sup>27</sup>. Economistas como Hayek y Friedman<sup>28</sup> propugnan el retorno a las teorías neoclásicas del mercado. Esta contraofensiva neoconservadora que de momen-

<sup>25</sup> J. Logue, «The Welfare State: victim of its succes», *Daedalus*, núm. 4, otoño de 1979, pp. 69-89.

<sup>26</sup> R. Blackburn, «Inequality and explotation», *New Left Review*, número 42, 1967.

<sup>27</sup> G. A. Kelly, «Who needs a theory of citizenship?», *Daedalus*, núm. 4, otoño de 1979, pp. 21-37.

<sup>28</sup> F. A. Hayek, *New studies in philosophy, politics, economics and the history of ideas*, Univ. of Chicago Press, 1978, o Friedman, *Free to chose*, Penguin, 1980.

to centra su atención en los gobiernos de EEUU y Gran Bretaña trata de restablecer las leyes del mercado y la política monetaria para rebajar considerablemente los índices de inflación, reducir el gasto público —a costa de las políticas de bienestar—, y bajar el interés del capital, los impuestos, para relanzar la iniciativa privada e incentivar la inversión. Se trata de desestatizar y despolitizar la economía de mercado.

Desde el punto de vista social, el *Welfare State* ha acrecentado excesivamente la burocracia que se ha convertido en una presión para los gobiernos<sup>29</sup>, los partidos se han convertido en ofertas electorales hacia el mercado de votos más que en gestores pragmáticos de la realidad, el Estado se ha visto obligado a suplir necesidades y provisiones que están fuera de su alcance y esta asistencia tan generosa ha fomentado la pereza y el absentismo<sup>30</sup>. Los grupos de presión, y en general el corporatismo, han crecido de tal manera que el Estado se encuentra sobrecargado con demandas imposibles de satisfacer. Se ha extendido el abanico de los derechos sociales y la población espera que los gobiernos se responsabilicen e intervengan en sectores cada vez más amplios de la sociedad, pero al mismo tiempo piden la reducción de los impuestos y la contención de los precios.

Esta situación se convierte en ingobernable y la única vía de salida es un retorno paulatino a las premisas del *laissez faire* que contenga el gasto público o incite la inversión privada renunciando a formas de Estado intervencionistas.

## II. EL POSIBILISMO SOCIALDEMOCRATA

La corriente de pensamiento socialdemócrata es compleja, tanto por la forma como afronta el problema del Estado como por el contexto socioeconómico e ideológico que rodea a sus protagonistas. Aquí vamos a ocuparnos de la corriente más moderada —la fabiana— que es la más pragmática, y de aquélla que en su diálogo crítico con los marxistas insiste en las posibilidades democráticas de la sociedad civil como motor de cambio. En la primera se encuentran los ingleses Titmuss, Crossland y Marshall, inquebrantables apoyos del *Welfare* en la inmediata pos-

---

<sup>29</sup> G. Gilder, *Wealth and poverty*, Nueva York, Bantam Books, 1982.

<sup>30</sup> P. E. Weinberger (comp.), *Perspectives on social Welfare*, Nueva York, MacMillan, 1974.

guerra, mientras que en la segunda se alinean todos aquellos cuyo pensamiento se deriva más directamente del paradigma marxista, pero no consideran la lucha de clases como el eje fundamental, ni exclusivo, del análisis del Estado ni del cambio social. Aquí tomaremos como uno de sus representantes más significativos a N. Bobbio, aunque muchos otros estudiosos, sobre todo aquellos que han incorporado a sus ideas el análisis weberiano de la sociedad, se encuentran en esta línea.

Para Titmuss, que rechaza las teorías liberales del industrialismo, la política del Bienestar supone elegir entre valores que entran en conflicto<sup>31</sup>; la sociedad tiene el derecho de escoger entre valores contrapuestos y los servicios sociales fomentan el sentido comunitario y ayudan a crear una sociedad más justa e integrada. El debate sobre el *Welfare State* se enfoca, por tanto, sobre la distribución de bienes y el consumo. Los gobiernos socialistas podían usar el Estado para crear una sociedad más igualitaria a través de medios constitucionales y pacíficos. Los socialdemócratas arguyen que a través de una serie de medidas políticas, fiscales, sociales, etcétera, el Estado puede ejercer un control indirecto sobre el mercado. El desarrollo de servicios sociales colectivos, por una parte, y la tendencia a la igualdad de la renta a través de una fiscalidad progresiva, por la otra, podían dirigir la sociedad hacia el socialismo sin necesidad de abolir la propiedad privada, colectivizar la gran propiedad ni embarcarse en planes económicos detallados<sup>32</sup>. Y esto lo podía llevar a cabo el *Welfare State*.

La creencia en que los objetivos socialistas se realizarían a través de la acción del Estado dio legitimidad al *Welfare* en el campo laborista, una legitimidad que, al menos en sus presupuestos y finalidades, difería de la de los liberales. Para estos últimos la acción racional del Estado consistía en fomentar una sociedad de libre mercado más estable, eficiente y humana. Para los socialistas la acción del Estado era un medio de transformar la sociedad, de cambiarla gradualmente del capitalismo al socialismo. Incidiendo fundamentalmente sobre la distribución y la estratificación social pensaban influir sobre el proceso productivo, creyendo firmemente en la racionalidad burocrática y administrativa del Estado moderno, su neutralidad y la vida parlamentaria<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> R. Titmuss, *Commitment to Welfare*, Londres, Allen and Unwin, 1968.

<sup>32</sup> C. Crossland, *The future of socialism*, Londres, Cape, 1956.

<sup>33</sup> R. Mishra, *The Welfare State in crisis*, Harvester Press, 1984.

Marshall<sup>34</sup>, que trata el *Welfare* desde un punto de vista más teórico, piensa que la lucha contra la desigualdad es un problema estructural —la pobreza puede ser abolida en una sociedad permaneciendo su estructura fundamentalmente injusta—, acentúa los aspectos económicos del Bienestar y la división social del trabajo, y observa que el mundo corre hacia la igualdad, el progreso de estos últimos siglos ha ido ampliando los derechos civiles a los políticos y finalmente de éstos se ha pasado a los sociales. Entre estos últimos, el de la renta modificaría definitivamente el cuadro de la desigualdad social, el contrato se convertiría en estatus y el precio de mercado se subordinaría a la justicia social.

La otra corriente, que como ya hemos dicho, deriva más directamente del paradigma marxista como punto de referencia para el análisis de la sociedad, y por tanto retoma la economía política y las clases sociales como los ejes básicos sobre los que gira el papel de la organización del Estado, considera que la lucha de clases no agota todas las posibilidades de participación en la sociedad civil y, desde ese punto de vista, va a poner su acento en la extensión al máximo de esas posibilidades a través de la profundización en la democracia política que, a largo plazo, puede llevarnos a la democracia económica y social plena.

Muchos de estos autores que durante estos últimos años se han centrado en el estudio de las clases, la estratificación, la burocracia y su relación con el Estado, arguyen que la teoría marxista del Estado quedó incompleta o apenas iniciada y se aplican a una crítica sistemática de algunas de sus categorías fundamentales, como por ejemplo el determinismo de la ley del valor o el historicismo de las clases. La mayor parte de estos estudiosos incorporan algunos de los puntos neurálgicos del análisis weberiano sobre el Estado y rechazan, con el sociólogo alemán, que el análisis del poder estatal se pueda asimilar exclusivamente al análisis de clase. Weber había recuperado la distinción entre la naturaleza y el control del Estado, el aparato burocrático-organizativo que requiere y la estructura social que conforma. Además había introducido en el análisis del poder el tema de la racionalidad burocrática y el de la legitimación, aspectos que en adelante van a tener un peso importante en el cambio de las categorías analíticas, sobre todo en el campo marxista menos ortodoxo.

---

<sup>34</sup> T. H. Marshall, *Citizenship and social class and other essays*, Cambridge Univ. Press, 1950, y recientemente, *The right to Welfare and other essays*, Londres, Heinemann, 1981.



La tradición socialdemócrata va a jugar aquí también un papel primordial y su pensamiento estará vinculado al papel decisivo que pueda jugar la *sociedad civil* a través del voto, la participación institucional y todos los mecanismos que pone en juego la democracia política. Desde su punto de vista, el *rol* del Estado se puede cambiar y reconquistar en beneficio de todos y no sólo de unos pocos.

Para ellos, el *Welfare* se constituye desde finales del siglo pasado no sólo en razón de la lógica del capital y la acumulación sino también como resultado de la reivindicación y la lucha sistemática de la clase obrera y de las luchas ciudadanas y políticas, insistiendo en este segundo término.

Bobbio<sup>35</sup> arguye que no solamente la democracia burguesa representa una victoria real de la clase trabajadora sobre el Estado capitalista, sino que, entre las alternativas a la democracia representativa, todos ignoran la importancia fundamental de la emancipación política como *precondición* de la emancipación económica. La democracia, aun en su forma burguesa, debe ser el punto de partida para la *profundización* de la democracia total. La emancipación política es también emancipación humana y requiere la extensión de los derechos y el fortalecimiento de las instituciones. Tanto Marshall como Bobbio piensan que la reforma puede modificar los peores aspectos de la desigualdad económica y social, y la principal evidencia de esto es la propia historia del Estado del Bienestar que ha extendido y profundizado los derechos civiles, políticos y sociales entre las clases populares, culminando en políticas de redistribución de la producción y la renta.

La evolución del Estado hacia su actual formación está en función de las crisis de la sociedad burguesa y de las *luchas de clases y ciudadanas*, y en esa dialéctica los cambios en la formación del Estado moderno han de generar las condiciones de posibilidad para que se convierta en el distribuidor justo del proceso de acumulación y en el defensor de todas las potencialidades democráticas que contiene la sociedad civil.

Aunque las contribuciones a este paradigma son bastante más ricas y complejas de lo que hasta aquí hemos resumido y simplificado, es evidente que uno de sus aspectos nodales es la crítica al análisis marxista de las relaciones de producción como factor exclusivo de cambio y, por tanto, a la identificación entre

---

<sup>35</sup> N. Bobbio, *¿Existe una doctrina marxista del Estado?*, Barcelona, Avance, 1977. Véase también, *¿Qué socialismo?*, Barcelona, Plaza y Janés, 1977.

la esfera de lo político y lo económico en el *rol* del Estado moderno.

Ahora bien, a medida que la investigación sobre el *Welfare State* se ha apoyado en una serie de estudios empíricos sobre su praxis y desarrollo, y ha recuperado sus orígenes históricos, algunos autores —Flora, Hecló, Therborn, De Felice— tratan de ver en sus primeros pasos las contradicciones que encierra su definición y muestran las dificultades subyacentes a este paradigma.

De Felice<sup>36</sup> recientemente ha centrado su atención en las distintas aportaciones sobre las causas del nacimiento, carácter o periodización histórica del *Welfare State* porque cree que en su *génesis* es donde se encuentran ya encubiertas las propias contradicciones y ambigüedades de su devenir. Para él, la primera *ondata* de política social de bienestar fue más el resultado de una intencionalidad de reproducción de la fuerza de trabajo y de diferenciación de tratamiento respecto a las clases sociales desde arriba, que no el fruto del *rol* del movimiento obrero desarrollado en esos momentos. Es decir, la política social se llevó a cabo por la necesidad de reconstruir los *roles* productivos, que son también *roles* sociales. Ya que esa reproducción comenzaba a no poder conseguirse a través del mercado, se debía elaborar un sistema sustitutivo de control social. Esas políticas eran a su vez instrumentos de gestión de la conflictualidad social, del consenso, y contribuían a definir una forma de *socialización*.

Para De Felice *socialización* es el proceso de constitución de la sociedad a través de instituciones donde se expresa y objetiva el actuar humano y significa grados de organización y autonomía de las instituciones (sociedad civil). Las dos categorías —socialización y ciudadanía— no son separables en cuanto contribuyen a definir un proceso unitario. Ciudadanía implica el papel del Estado, mientras que socialización el del mercado, y en la copresencia y combinación de ambas categorías se encierran las contradicciones de la sociedad actual.

En el segundo período, que comienza para De Felice después de la primera guerra mundial, la política social se convierte ya en un elemento esencial del gasto público, cambia el *rol* del Estado en relación con la economía, se pasa de modelos selectivos

---

<sup>36</sup> F. de Felice, «Il Welfare State: Questioni controverse e un'ipotesi interpretativa», *Studi Storici*, 3, 1984, julio-septiembre, pp. 605-658. Los trabajos sobre orígenes históricos y periodización están referidos en la nota 2.

de bienestar a modelos más universales y se acrecienta la conciencia del carácter público del proceso de acumulación. Es decir, se han sentado ya las bases de la contradicción entre una organización social que está toda inmersa dentro de la lógica del intercambio y del contrato y la fuerte presión del *universalismo* que tiende a quebrantar este ámbito. Las políticas del *Welfare State*, como parte del proceso de socialización, no hacen sino reproducir las formas propias de la sociedad mercantil, pero esto se contradice con los criterios universalistas de la extensión de la ciudadanía, no reconducibles a una raíz mercantil.

En esta lucha dialéctica entre ambos polos, las posturas más críticas se inclinan a pensar que los condicionamientos del mercado introducen diferenciaciones que desnaturalizan el principio universalista de las propuestas políticas. La ampliación de los derechos de ciudadanía da derecho a la garantía de la renta pero esto nos lleva a la progresiva centralidad de la política económica como canal de adquisición del consenso en una realidad que, dominada por el mercado y el intercambio, siempre acabará siendo desigual. Los más posibilistas, por su parte, arguyen que la igualdad de *status* es más importante que la igualdad de la renta, que las luchas por los derechos del ciudadano, aunque pueden tener doble filo, no son necesariamente canales de integración, y que de lo que se trata es de *ir cambiando las relaciones de fuerza ciudadanía/clase*, privilegiando a través del Estado las intervenciones selectivas en defensa de la primera.

No terminan aquí los problemas, como han apuntado Dahrendorf<sup>37</sup> en su tesis sobre las «paradojas del ciudadano total», o Mishra<sup>38</sup> sobre la dificultad de establecer los criterios valorativos para la profundización de los derechos sociales, o los interrogantes que genera la vinculación ciudadano-territorio, cuando el mercado ha traspasado ya las fronteras nacionales<sup>39</sup>, etcétera. Ahora bien, lo que sí es cierto es que este tipo de planteamiento del *Welfare State* en la praxis política<sup>40</sup> tiene que actuar permanentemente sobre el doble filo o cuerda floja manteniendo por un lado las concesiones que puede ofrecer a su base de masas y por el otro la necesidad de servir los intereses del capi-

---

<sup>37</sup> G. Sartori y R. Dahrendorf, *Il cittadino totale*, Turín, 1977.

<sup>38</sup> R. Mishra, *Society and social policy: theories and practice of Welfare*, Londres, MacMillan Press, 1981.

<sup>39</sup> I. Wallerstein, *The capitalist world economy*, Cambridge Univ. Press, 1979.

<sup>40</sup> I. Gough, *The political economy of the WS*, Londres, MacMillan Press, 1979.

tal con la esperanza de ir cambiando poco a poco las relaciones de fuerza.

### III. LA CRITICA MARXISTA DEL ESTADO

En este campo del análisis marxista se encuentran aquellos cuyo debate se desarrolla a un nivel alto de abstracción. Algunos no aceptan tan fácilmente la categoría *Welfare*, sino que más bien se refieren a las transformaciones del Estado capitalista moderno, o tardocapitalismo, que derivan de un análisis en profundidad de los textos marxistas, es decir, más de una epistemología que de la existencia de una teoría política específica en los escritos de Marx. Arguyen que las tesis socialdemócratas contienen una serie de ambigüedades y contradicciones centradas sobre todo en la escasa consideración que dan a la ley del valor y su potencialidad reproductiva, y conceden un peso predominante a la composición y lucha de clases en el Estado como motor de cambio. Piensan que la incorporación de la clase trabajadora al *Welfare*, y al sistema capitalista en general a través de la democracia política, no representa más que un cambio en la *forma* de la lucha de clases, cuyo resultado negativo es el avance de un sector de las clases dominadas sobre los más desfavorecidos, divorciando así los intereses de clase con efectos de aburguesamiento y desmovilización.

La polémica entre unos y otros ha sido, desde el punto de vista hermenéutico, la más enriquecedora, precedió y ha seguido la crisis del 68, y ha supuesto un intento de renovación de las categorías analíticas del Estado en la sociedad capitalista actual. En un breve repaso a esta coyuntura internacional tendríamos que hacer referencia en Francia<sup>41</sup> al estructuralismo de Althusser que dio pie a las aportaciones de Poulantzas y sus posteriores polémicas con Miliband; en Inglaterra, el análisis marxista del Estado supuso en este período un correctivo tanto al economicismo de la izquierda estalinista como al moralismo de la revuelta de los *radicales*, que descansaba sobre presupuestos humanistas<sup>42</sup>; en Alemania las teorías derivacionistas intentaban demostrar los límites de la política reformista del

---

<sup>41</sup> M. Kelly, *Modern french marxism*, Oxford, Basil Blackwell, 1982.

<sup>42</sup> E. Wilson, «Marxism and the Welfare State», *New Left Review*, núm. 122, 1980, pp. 79-89.

Estado y el debate comenzó con una crítica a las ilusiones del *Welfare State* a través de las páginas de la revista *Leviathan*<sup>43</sup>; en Italia, las premisas de la transición del Estado capitalista al Estado socialista desencadenaron un debate entre Bobbio y L. Colletti sobre las posturas ideológicas del PCI que representaba P. Ingrao<sup>44</sup> y, por último, años más tarde, la izquierda americana —O'Connor, Wright, Wolfe, etcétera—, se ha incorporado a este debate a través de las páginas de *Kapitalestate*, *Politics and Society* y *Socialist Review*<sup>45</sup>.

En esta polémica se comparten puntos comunes en algunos aspectos, y se distancian y oponen en otros. No es fácil establecer una línea claramente divisoria entre ellos. Con todo, podemos afirmar que, para esta corriente de pensamiento, la naturaleza del Estado deriva exclusivamente de la naturaleza de la lucha de clases, y que el Estado en la sociedad capitalista sirve ampliamente los intereses de la clase capitalista, pero rechazan la tesis leninista de que sea simplemente una superestructura al servicio de la clase dominante<sup>46</sup>.

Los puntos fundamentales de su análisis son: *a*) composición y lucha de clases, *b*) reproducción del capital y acumulación (ley del valor), *c*) autonomía del Estado y relación con la sociedad civil, y *d*) cambio y transición a la sociedad socialista.

### 3.1. La polémica Miliband-Poulantzas

La primera polémica que se suscitó en este terreno, precisamente por la importancia que se le da a las clases sociales como elemento heurístico para el análisis del Estado, fue entre instrumentalistas<sup>47</sup> y estructuralistas<sup>48</sup>. Los trabajos que se asocian a la perspectiva instrumentalista se han centrado esencialmente en el estudio de la naturaleza de la clase que gobierna, los mecanismos que ligán esta clase al Estado y las relaciones concretas entre las políticas estatales y los intereses de clase. El funciona-

<sup>43</sup> D. Zolo, Introducción al libro de C. Offe, *Lo stato nel capitalismo maturo*, Milán, Etas Libri, 1977.

<sup>44</sup> Véase *Mondoperaio*, 1975.

<sup>45</sup> M. Carnoy, *The State and political theory*, Princeton Univ. Press, 1984, pp. 208-246.

<sup>46</sup> V. Lenin, *Estado y revolución*, Barcelona, Ariel.

<sup>47</sup> R. Miliband, «The capitalist state: Reply to N. Poulantzas», *New Left Review*, núm. 59, 1970. Véase también su reciente libro *Class power*, State power, Verso, 1980.

<sup>48</sup> N. Poulantzas, «Marxist political theory in Great Britain», *New Left Review*, núm. 43, 1967.



miento del Estado es así comprendido fundamentalmente en términos del ejercicio instrumental del poder por las personas ubicadas en posiciones estratégicas, sea directamente, a través del manejo de las políticas del Estado, sea indirectamente, por medio de la presión sobre éste<sup>49</sup>. El análisis estructuralista del Estado rechaza categóricamente la noción de que éste puede ser comprendido como simple «instrumento» en manos de la clase dominante. La tesis fundamental de la perspectiva estructuralista consiste en que las funciones del Estado están ampliamente determinadas por las estructuras de la sociedad, más que por las personas que ocupan posiciones de poder estatal. En consecuencia, el punto de partida del análisis estructuralista es un examen de la estructura de clases de la sociedad, particularmente de las contradicciones enraizadas en la economía política del sistema. Poulantzas sostiene, siguiendo a Marx, que en la sociedad capitalista la contradicción económica fundamental se centra en el carácter cada vez más social de la reproducción, por una parte, y en la persistente apropiación privada del producto excedente, por la otra. La teoría estructuralista intenta así desentrañar las funciones que el Estado debe realizar a fin de reproducir la sociedad capitalista como un todo.

Esta polémica entre subjetivistas y objetivistas comentada posteriormente por Laclau<sup>50</sup>, Clark y otros autores ha sido ya sobrepasada y ampliada por otras aportaciones. Los recientes escritos de Jessop<sup>51</sup> y Carnoy<sup>52</sup> muestran una panorámica bastante amplia de estos desarrollos. Jessop, desde un punto de vista estrictamente metodológico, expone las dos principales corrientes posmarxistas que se oponen al análisis determinista del Estado, los *derivacionistas*, por una parte, vinculados a la escuela alemana, y los gramsciano-estructuralistas, vinculados a la escuela italo-francesa. Por su parte Carnoy —que no se aparta mucho de esta división— contempla los grupos posmarxistas desde la categoría analítica que más han priorizado en su propia hermenéutica y los agrupa en torno a: 1) la lógica del capital, 2) la autonomía del Estado, y 3) la lucha de clases.

---

<sup>49</sup> D. H. Gold, C. Y. H. Lo y E. O. Wrigth, «Recientes desarrollos en la teoría marxista del Estado capitalista», en *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, de H. R. Sonntag y H. Valecillos, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 23-62.

<sup>50</sup> E. Laclau, «The specificity of the political: N. Poulantzas-Miliband debate», *Economy and Society*, vol. 4, 1975, pp. 87 ss.

<sup>51</sup> B. Jessop, *The Capitalist State*, Oxford, Martin Robertson, 1982.

<sup>52</sup> M. Carnoy, ob. cit.

Pero las modificaciones que todos estos autores han introducido en sus postulados a lo largo del tiempo, a medida que reconsideraban sus primeras reflexiones, hacen difícil cualquier tipo de clasificación definitiva y más todavía si tenemos en cuenta que buena parte de ellos se encuentran en vida intelectual activa.

Por mi parte, voy a limitarme a subrayar algunas de estas diferencias y coincidencias remitiendo al lector interesado a la bibliografía aquí sugerida.

### 3.2. *Los derivacionistas*

La metodología *derivacionista* aplicada al Estado capitalista actual incide sobre todo en el concepto de la formación del capital (lógica del capital) y la autonomía del Estado, y no acepta ni el instrumentalismo ni el estructuralismo. Su análisis se centra sobre las funciones del aparato administrativo estatal y su relación con la sociedad civil. La investigación del Estado debe comenzar por el análisis del proceso acumulativo, la forma del capital, el movimiento de precios, la diferenciación de las clases, el sistema internacional, etc., y desde estas estructuras cambiantes de las relaciones del capital *derivan* concretamente las funciones y formas de funcionar del aparato estatal<sup>53</sup>.

Para Hirsch<sup>54</sup> la fuerza dinámica que subyace detrás del proceso acumulativo del capital, y por tanto detrás del desarrollo del Estado, es la *tendencia a la caída de la tasa de ganancia* que, a su vez, representa una condensación de las contradicciones subyacentes al proceso de acumulación porque tiene su origen en la lucha de clases inherente al sistema. El desarrollo del Estado del Bienestar se deriva, por tanto, de la caída de la tasa de ganancia en los momentos de crisis del capitalismo y por tanto de la necesidad de desarrollar *contratendencias* a esa caída. El Estado media las contradicciones inherentes al proceso acumulativo del capital. La necesidad de la intervención estatal reside en el hecho de que el proceso de reproducción capitalista presupone estructuralmente funciones sociales que no puede cumplir el capital privado, y por eso se ve obligado a asegurar los costes de la producción y reproduc-

<sup>53</sup> M. Carnoy, ob. cit., p. 130.

<sup>54</sup> J. Hirsch, «The State apparatus and social reproduction: elements of theory of the bourgeois State», en H. Holloway y Picciotto, *State and capital: a marxist debate*, Edward Arnold, 1978.

ción del capital empeñado directamente en renovar y mantener las fuerzas productivas, tanto las que afectan al proceso tecnológico como las que inciden en la reproducción de la mano de obra.

Para cumplir esta función el Estado ha de gozar de una determinada autonomía capaz de enfrentarse no sólo a las reivindicaciones de la clase trabajadora, sino también a los intereses de algunos sectores o grupos del capitalismo privado. La forma estatal nace por lo tanto de este tipo de presiones y ahí encuentra su justificación y legitimación, determinada por esta lucha de clases dentro del contexto de las leyes generales de la economía capitalista. Por tanto, el intervencionismo del Estado deriva de su función, una función que resulta contradictoria puesto que en su empeño mediador se ha de enfrentar tanto al capital como al trabajo. Hirsch concluye que el Estado necesita tanto de una estructura pluralista como de mecanismos específicos de actuación; la primera para que las distintas clases puedan hacer sentir sus presiones y demandas, y la segunda, para que esas demandas puedan compatibilizarse con las necesidades de la acumulación del capital y la dominación política. Así, el Estado se configura como una forma de imposición sobre la lucha de clases a nivel político y una «selectividad estructural» inherente a la articulación de sus distintos aparatos y organismos.

### 3.3. *Claus Offe*

La originalidad de la aportación de Offe<sup>55</sup> consiste en estudiar las contradicciones del capitalismo maduro utilizando tanto la metodología marxista del *Capital* como la óptica funcionalista de la integración social. Las sociedades del tardocapitalismo son analizadas como sistemas estructurados por tres diferentes pero interdependientes subsistemas. Estos subsistemas incluyen estructuras de *socialización* guiados por reglas normativas, estructuras de *producción mercantil* y relaciones de intercambio de la economía capitalista y *Welfare State*, organizado a

---

<sup>55</sup> Buena parte de los artículos de Offe han sido recogidos y traducidos al italiano y al inglés. Algunas de estas publicaciones son: *Lo Stato nel capitalismo maturo*, ob. cit.; *Contradictions on Welfare State*, Hutchinson, 1984; *Teoria dello stato e politica sociale* (con Y. Lenhardt), Feltrinelli, 1979; *Ingovernabilità e mutamento delle democrazie*, Univ. Pap. Il Mulino, 1982.

través de mecanismos de poder político y administrativo y de coerción. El *Welfare State* es así interpretado no como un mecanismo que se limita desde fuera a garantizar las condiciones de acumulación capitalista, sino como un sistema político que organiza, programa y controla el desarrollo económico a través de un conjunto multifuncional de instituciones políticas y administrativas, cuyo propósito es gestar las estructuras de socialización y la economía capitalista: organismos y técnicas de planificación, política de crédito y política fiscal, dirección tecnocrática de amplios sectores productivos, política de la ocupación y educación, cualificación de la mano de obra, previsión de los organismos asistenciales, compromiso de clase institucionalizado a través de los partidos y sindicatos, reformas socialdemócratas, etcétera.

Por tanto, la economía política por sí sola no desvela la anatomía de la sociedad en el capitalismo maduro. En un régimen en el que la acumulación del capital está regulada estatalmente esta clave se ha de buscar dentro de los aparatos políticos donde se gesta la red entre las funciones públicas del Estado —producción del valor de uso, de los servicios, de prestaciones reguladoras, de legitimación, etc.—, y su función selectiva respecto a las exigencias e intereses capitalistas. Por tanto, hay que estudiar y poner en evidencia los mecanismos selectivos y los filtros institucionales de la política estatal.

Como consecuencia de esto las nuevas formas de desigualdad no están representadas solamente por las relaciones de clase económicamente definidas, sino que al sistema vertical de la desigualdad de clase se sobrepone complicándolo, fragmentándolo y quizá neutralizándolo el sistema horizontal de la disparidad de los ámbitos de vida. Las desigualdades sociales están en función de la estrategia del dominio político que privilegia positiva o negativamente grupos e intereses según criterios de funcionalidad, que corresponden a las exigencias generales de la acumulación capitalista, pero que no presentan ninguna conexión directa con la posición de los sujetos dentro del proceso productivo. Es una selección mediada políticamente.

La segunda consecuencia es que la contradicción estructural del capitalismo maduro no reside en el antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sino en la antinomia entre la anarquía de la producción capitalista y la lógica racionalizadora del Estado, que no produce directamente valores de cambio, sino valores de uso dirigidos a sostener la producción capitalista. El primero transmite al segundo sus

efectos desestabilizadores solicitándole actividades de carácter directivo, administrativo, distributivo y planificador. Estamos, por tanto, ante una economía capitalista *politizada* por la imperiosa necesidad de resolver la crisis.

En Offe esta economía capitalista regulada por el interés privado tiene como innata la crisis, y en la superación de esas crisis toma su sentido el *Welfare State* que trata de armonizar la economía capitalista del interés privado con los procesos de socialización que esta economía desencadena. Pero en este intento de armonización se encuentran las grandes contradicciones del sistema; contradicciones que el Estado encierra entre el impulso que ha de dar a la reproducción y aumento del capital y el intervencionismo que adopta sobre el intercambio; entre el fomento del trabajo productivo y la protección al trabajo improductivo; entre la presión fiscal y el deseo de inversión privada; entre el sentido de dependencia respecto al Estado, que es cada vez mayor en el ciudadano, y sus valores anclados en la filosofía del individualismo posesivo, etcétera.

Ahora bien, a pesar de todas las contradicciones este Estado multifuncional que invade todas las áreas de la vida social (estimulando la inversión privada, reduciendo el desempleo, asegurando la defensa nacional, administrando necesidades sociales, etc.) ha llegado a ser irreversible, en el sentido de que realiza funciones esenciales, tanto para la economía capitalista como para las oportunidades de bienestar de muchos grupos sociales y sobre todo de los más desfavorecidos. El Estado se convierte así en el principal agente del proceso acumulador y por tanto en el protagonista del *crisis-management*.

Las posiciones de Offe no coinciden plenamente con las tesis derivacionistas, sobre todo porque da a las clases sociales un papel más restringido y olvida el estudio de su articulación, así como categorías de análisis tan importantes como las prácticas ideológicas y políticas del Estado. J. Keane en la introducción a su libro *Contradictions of the Welfare State* pone en evidencia algunas de estas ausencias y contradicciones.

#### 3.4. Gramsci, Poulantzas y el Estado

Gramsci, Poulantzas y, en general, el marxismo italo-francés han centrado su atención sobre la dialéctica de la coerción y el consentimiento, la especificidad de lo político en las crisis del Estado, la mediación institucional de las prácticas ideológicas



y su efectividad social, la naturaleza de los antagonismos democrático-populares y los problemas de una estrategia revolucionaria en el capitalismo avanzado.

Gramsci está menos interesado en la lógica abstracta del capital o en el papel del Estado como capitalista colectivo que en especificar las complejas relaciones entre las distintas fuerzas sociales empeñadas en el ejercicio del poder estatal en una formación social determinada. Esto le lleva a enfocar su atención sobre la constitución de las *superestructuras* política e ideológica y las formas en las que las relaciones de las fuerzas políticas conforman la habilidad del capital para reproducir su dominación de clase. Por tanto, para él, el Estado se presenta como una institución de clase, tiene un papel fundamental en la organización de la dominación: asegurando los intereses a largo plazo de la burguesía, así como su unificación, facilitando concesiones a las clases subordinadas para asegurar el consentimiento activo del gobierno —a través de la democracia parlamentaria—, o llevando a cabo su desmovilización. Es decir, organizando el conjunto de actividades teóricas y prácticas con las que la clase gobernante no sólo justifica y mantiene su dominio, sino que trata de ganar el consentimiento activo de aquéllos a quienes gobierna.

Esta aproximación renovadora trata de profundizar sobre todo en los conceptos de *hegemonía*, *sociedad civil* y *clases* y *lucha de clases* y su relación con el Estado.

Hegemonía, en Gramsci, significa el predominio ideológico de los valores y normas burguesas sobre las clases dominadas. Es decir, «un orden en el que domina una cierta forma de vida y de pensar, en el que un determinado concepto de la realidad se difunde a través de la sociedad en todas sus manifestaciones públicas y privadas, permeando con su espíritu los gustos, la moralidad, las costumbres, la religión, los principios políticos y todas las relaciones sociales, particularmente en sus connotaciones morales e intelectuales»<sup>56</sup>. La sociedad civil representa el factor fundamental, la estructura donde se desarrolla el capitalismo, el lugar donde vemos reflejadas las complejas relaciones ideológicas y culturales, la vida intelectual y moral. Es decir, la infraestructura resultado de la fuerza política de la superestructura. Por eso el centro de su atención será fundamentalmente el aparato ideológico superestructural y las luchas

---

<sup>56</sup> R. Miliband, «Poulantzas and the capitalist State», *New Left Review*, núm. 82, 1973.

que a ese nivel se generan. En el conocimiento de esas articulaciones con la sociedad civil y en la fuerza de esas luchas por la hegemonía —bien a nivel económico (hegemonía en la empresa), en la sociedad civil (sistema educativo, papel de los intelectuales), o en el aparato del Estado (partidos políticos...)— está la posibilidad de fundamentar una estrategia de cambio hacia la sociedad socialista.

Poulantzas, por su parte, trata de integrar el análisis de la hegemonía en una teoría regional abstracta de la política y considera tanto su determinación estructural como su constitución a través de la lucha de clases. Un estudio científico del modelo capitalista de Estado supone una triple elaboración teórica: en primer lugar el desarrollo de una *teoría general* histórico-materialista de los modos de producción, en segundo lugar una *teoría particular* para situarlo en la matriz teórica de sus niveles económico, político e ideológico, y, por último, una *teoría regional* en la medida en que precisa ser un objeto específico del pensamiento social.

Su principal contribución es el análisis del Estado en relación con la lucha de clases, su *rol* en la formación y definición de las clases y los efectos de ese conflicto sobre el mismo Estado. El papel de los aparatos del Estado es mantener la unidad y cohesión de una formación social concentrando y sancionando la dominación de clases y por tanto reproduciendo las relaciones sociales. El Estado no es una entidad con una esencia intrínsecamente instrumental, sino la condensación de una relación de clase, de ahí que su autonomía relativa sea una condición necesaria para el papel del Estado capitalista en la representación de las clases y para la organización política de la hegemonía.

En *Fascismo y dictadura* (1970) se centra en las funciones políticas de una forma excepcional de la intervención del Estado durante la consolidación del capitalismo monopolista, y en *Las clases en el capitalismo contemporáneo* (1974) considera las funciones económicas de su intervención, arguyendo que el Estado refleja y condensa todas las contradicciones de una formación social dividida en clases, que las prácticas políticas son siempre prácticas de clase y que el poder del Estado es siempre el poder de una clase determinada a cuyo interés sirve.

Poulantzas insiste en que el Estado capitalista debe ser entendido como un conjunto institucional cuya principal tarea es organizar la hegemonía dentro del bloque dominante, y también movilizar el consentimiento activo de cara a las clases domina-

das y a la sociedad en su totalidad. Deriva el papel crucial de la hegemonía de clase de la matriz institucional del capitalismo tomado como un todo y lo relaciona con la separación entre la esfera pública de lo político y la esfera privada de la sociedad civil. Así subraya, por una parte, elementos gramscianos en el análisis de la lucha de clases política como el motor de la historia y, por otra, elementos althusserianos en el análisis de la matriz institucional del capitalismo y la reproducción global de la formación social<sup>57</sup>.

Las críticas a esta corriente llegan desde la visión instrumentalista (Miliband), que le acusa de reduccionista y objetivista y desde los derivacionistas, que son quienes más han insistido en los aspectos contradictorios de la lógica del capital. Pero el estructuralismo se ha visto atacado sobre todo por su visión ahistórica del Estado, por su postura determinista —en la que el Estado, en el modo de producción capitalista, es determinado a cumplir su función reproductiva, no por el control directo de la clase capitalista, sino más bien por la *naturaleza de clase* de sus aparatos ideológicos y represivos—, y, finalmente, por mostrar una tendencia excesiva a la superpoliticización.

### 3.5. Los marxistas americanos

La nómina de los estudiosos que se ocupan del análisis del Estado y del *Welfare* desde este punto de vista se podría ampliar considerablemente, pero no encontraríamos aportaciones muy diferentes a las que hasta aquí hemos expuesto. Quizá el grupo que mayor presencia renovadora ha tenido durante estos últimos años ha sido el de los marxistas americanos, algunas de cuyas aportaciones periódicas se pueden encontrar en la revista *Kapitalestate*. Sus escritos han incidido en una u otra de las líneas descritas subrayando, ampliando o innovando algunos de estos temas, o abriendo nuevos interrogantes.

Por su importancia, pero a título de sugerencia, citamos a O'Connor que subraya la crisis fiscal del Estado y más recientemente la crisis de acumulación<sup>58</sup>, a E. O. Wright por su estudio sobre las clases<sup>59</sup>, y a Wolfe por su trabajo sobre la legi-

<sup>57</sup> B. Jessop, ob. cit., pp. 155-156.

<sup>58</sup> J. O'Connor, *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península, y *Acumulación crisis*, Oxford, Basil Blackwell, 1984.

<sup>59</sup> E. O. Wright, *Class, crisis and the state*, Londres, New Left Books, 1978.

timación<sup>60</sup>. O'Connor desarrolla un análisis del Estado americano en el contexto de la lucha de clases y de la lógica del capital, centrandó su atención en las contradicciones inherentes entre la acumulación de las cargas fiscales para subsidiar los gastos del Estado y la legitimación del desarrollo capitalista a través de su distribución entre las clases. El Estado interviene para burocratizar y administrar el conflicto de clase regulando las relaciones entre trabajo y capital, entre el empleo y el desempleo, entre el gran capital y el pequeño capital, entre el capital en sectores de expansión y el capital en sectores recesivos. Estos aspectos del poder del Estado son caros, y es el crecimiento del gasto del desarrollo del capital monopolista el que crea su crisis fiscal. Esta enorme acumulación para sostener los costes económicos y sociales de la lógica del capital cambia la naturaleza del Estado y desplaza la lucha de clases a la superestructura.

O'Connor viene a subrayar la contradicción, que hemos mencionado anteriormente, entre las funciones económicas y políticas del Estado. Las primeras siguen la lógica de la acumulación necesaria para posibilitar las segundas, mientras que estas últimas —que sirven propósitos de legitimación— requieren el apoyo gubernamental hacia la igualdad y la justicia social que desactivan las primeras. Estos conflictos que recorren la economía de mercado, por una parte, y el intervencionismo político, por la otra, se reflejan en la política diaria del Estado.

Wolfe por su parte insiste en la contradicción que se produce entre las necesidades del desarrollo capitalista y un conjunto de demandas ciudadanas que, siguiendo esa lógica, el Estado no puede cumplir, generando así un problema de legitimación. La crisis se produce porque éste es incapaz de mantener sus promesas democráticas y se ve obligado continuamente a utilizar subterfugios ideológicos en aras de legitimar su actividad. La lógica del capital acentúa la tensión entre acumulación y democracia, una de cuyas principales consecuencias es la despolitización de las masas y por tanto el aumento del corporatismo. Entramos así en un proceso de *reificación* política que se extiende por la sociedad tomando formas muy diversas.

Finalmente, de Wright nos ocuparemos en otra parte cuando tratemos el desarrollo de las clases sociales en relación con las recientes transformaciones del Estado.

---

<sup>60</sup> A. Wolfe, *The limits of legitimacy: political contradictions of late capitalism*, Nueva York, Free Press, 1977.

## IV. CRISIS E «IMPASSE» DEL «WELFARE STATE»

La crisis del *Welfare State* en los países occidentales ha traído, como ya hemos mencionado al principio, la crítica de sus oponentes, sobre todo de aquellos que profetizaban su bancarrota.

La derecha no sólo rechaza las clases sociales como hermenéutica del análisis social, sino que ve en las políticas socialdemócratas y corporatistas una amenaza para la «libertad» y un peligro para el desarrollo progresivo de la economía y por lo tanto del bienestar futuro. La *New York Review of Books*<sup>61</sup>, en una reseña reciente sobre las últimas aportaciones teóricas y empíricas al *Welfare State* americano, ponía el acento en las enormes dimensiones a las que el gasto público puede llegar si no se pone freno a su expansión, aunque sea cierto que esa política expresa un cierto espíritu cívico, un sentido de mutualismo y un compromiso con la justicia. Su respuesta se ha puesto ya en práctica a través de los recortes presupuestarios de múltiples servicios sociales en los últimos gabinetes de R. Reagan y M. Thatcher.

Los socialdemócratas que han protagonizado esta política a lo largo de veinticinco años se defienden tanto de la derecha liberal, sobre todo de la más conservadora, como de la izquierda marxista acusándoles de maximalismo; a los primeros por abogar por una libertad que olvida uno de sus componentes fundamentales, la justicia, y a los segundos a la inversa, considerando que la transición al socialismo pasa por políticas gradualistas.

La izquierda marxista por su parte encuentra en las tesis y prácticas socialdemócratas un apoyo a las necesidades del desarrollo del capital y por tanto a las crisis de acumulación, y un soporte político e ideológico a su legitimación, pero ambas aparentes soluciones no eliminan las contradicciones que subyacen en la base del sistema y que continuarán provocando crisis periódicas. Sus diferencias con los posibilistas no residen en la ejecución de políticas diferenciadas, sino en análisis teóricos distintos. Situados más en este campo que en el *management* político, piensan que las rápidas transformaciones de la sociedad actual hacen que muchas de las categorías empleadas en el origen y composición del Estado moderno se encuentren desfasadas, y, por tanto, conviene explorar continuamente la praxis y estructuras de su desarrollo con la esperanza de que

---

<sup>61</sup> *New York Review of Books*, 28, febrero de 1985.



la hermenéutica no sólo ayude al conocimiento de las nuevas formas y estructuras estatales sino que pueda fomentar su cambio y evolución<sup>62</sup>.

Nos encontramos así en un *impasse* ante el que, de momento, no se perciben soluciones claramente alternativas. De esas posibles alternativas y sus autores hablaremos en el último capítulo.

---

<sup>62</sup> *Kapitalestate*, «Introduction: The state and the state theory, in Western Europe», núm. 10/11, 1983.

## 2. EL ESTADO DEL BIENESTAR Y LAS CLASES SOCIALES

Ocuparse de las clases sociales parece a veces obsesionante y reiterativo, si no fuese porque *las clases* constituyen un elemento fundamental en la hermenéutica del análisis de la sociedad capitalista avanzada, para comprender buena parte de sus elementos de cambio y transformación. La literatura escrita sobre las clases a partir de la segunda guerra mundial ha sido abundantísima en los países del Occidente industrializado, ha constituido un campo de intercambio científico entre los estudiosos de la ciencia social y aunque su vinculación a los aparatos del Estado ha sido un fenómeno reciente, constituye su aportación más novedosa.

El Estado, como ya he observado en escritos recientes<sup>1</sup>, ha venido multiplicando y determinando su presencia en la mayor parte de las esferas de la sociedad a partir de 1945. Lo que viene llamándose el Estado del Bienestar, aun a pesar de su crisis en los años setenta, no ha dejado de observar esta conducta en la mayor parte de los países europeos, y sólo unos pocos (EEUU, Gran Bretaña) han comenzado a poner barreras a su expansión. Esta nueva forma de Estado ha reformulado muchas de las categorías con las que hasta ahora las ciencias sociales trataban de describir e interpretar la estructura y el funcionamiento de la sociedad, y, entre ellas, una de las más importantes, *las clases sociales*.

Ahora bien, para entender este proceso no basta con detallar analíticamente cuáles son los cambios estructurales que se han producido en la sociedad a raíz de la intervención estatal, sino que valdría la pena contextualizar históricamente algunos aspectos de la lógica de su desarrollo, con la intención de mostrar que la nueva imagen de las clases obedece no sólo a cam-

---

<sup>1</sup> J. Picó, «Teorías sobre el Welfare State», *Sistema*, núm. 70, enero de 1986.

bios en la estructura económica o productiva, sino también a factores institucionales e ideológicos nuevos que pueden ayudarnos a su comprensión.

### I. IDEOLOGIA, ECONOMIA Y CLASES

El final de la segunda guerra mundial trajo aparejados importantes cambios —algunos de ellos todavía poco explorados— en la estructura social de los países occidentales. Muchos de estos cambios han derivado de dos elementos novedosos en la historia: a) la influencia económico-ideológica americana, y b) el impulso decisivo hacia el *Welfare State*.

La influencia americana abarcó diversos aspectos o niveles que podríamos clasificar en: a) *políticos*, alineación del bloque occidental, que tuvo como consecuencia la lucha contra los partidos comunistas y socialistas que habían contribuido decisivamente durante la guerra a la caída de las dictaduras (guerra fría)<sup>2</sup>; b) *económicos*, ayuda económica (Plan Marshall), y penetración decisiva del capital americano a través de las empresas multinacionales<sup>3</sup>; y c) *ideológicos*, penetración de las ideologías empresariales schumpeterianas, de los estudios sobre las elites y, en general, de la estructura social americana bajo el prisma funcionalista.

A su vez, buena parte de los países europeos más adelantados —Inglaterra, Alemania, Francia— y muchas de las medidas político-económicas del propio Roosevelt dieron un impulso decisivo al Estado del Bienestar, aplicando las teorías keynesianas, cuyo resultado fue un crecimiento económico sin precedentes (*affluent society*), y un empleo masivo de la mano de obra. Esta intervención política del Estado en todos los ámbitos de la economía, acompañada de una renovación tecnológica cualitativa y sostenida durante veinticinco años, dio lugar a un cambio real en los sectores productivos y en las estructuras organizativas de la empresa, que modificaron considerablemente la estructura y composición de la mano de obra. Todos estos cambios imponen a su vez una nueva estrategia a los partidos

---

<sup>2</sup> A. Fontaine, *Histoire de la guerre froide*, Fayard, 1965.

<sup>3</sup> C. O. Kindleberger, *Les investissements des Etats Unis dans le monde*, París, Calmann-Levy, 1971.

socialistas europeos que poco a poco renuncian al credo marxista, considerándolo anclado en el siglo XIX y poco apto para afrontar las transformaciones sociales y políticas un siglo más tarde.

De todos estos elementos que contribuyen al cambio de la visión marxista de las clases sociales en el pensamiento social europeo vamos a fijarnos exclusivamente en dos, por considerarlos desde el punto de vista de la teoría y de la praxis los más importantes e interconexos: a) la penetración ideológica americana, y b) el cambio en la estructura productiva de la mano de obra europea, como consecuencia de la intervención del Estado y de la evolución de las estructuras organizativas empresariales.

Respecto a la penetración ideológica americana en Europa, ya hemos escrito algunas notas en el capítulo anterior y volveremos sobre ello al hablar en el capítulo 4 sobre la importancia de las ideas schumpeterianas y las conexiones que a nivel empresarial se mantuvieron en la década de los cincuenta<sup>4</sup>, fenómeno que fue acompañado de la penetración real del capital americano<sup>5</sup>. Aquí nos vamos a referir a aquellas ideas y conceptos de los intelectuales americanos que presuponen una teoría del desarrollo de la sociedad capitalista, y por tanto de las clases, fundamentalmente distinta del paradigma marxista.

Para el pensamiento liberal americano, ya lo hemos visto antes, la formación de las estructuras de la sociedad capitalista no comporta una forma determinada de dominación, explotación ni división irreductible de las clases en base a la propiedad privada de los medios de producción ni a las relaciones de producción que conforman, sino un proceso de industrialización, desarrollo y modernización de la sociedad, acompañado de cambios tecnológicos y organizativos, en el que los individuos y grupos sociales establecen sus posiciones en el libre juego del contrato y del mercado. En esta «lógica de la industrialización» las distintas fuerzas configuran una estructura social estratificada. El conflicto derivado de las innovaciones tecnológicas, las presiones sociales de individuos y grupos, etc..., promueven la movilidad de las ocupaciones, la renovación de los estratos y, en general, el cambio dentro de un sistema social integrado

---

<sup>4</sup> J. Picó, «El management moderno», *Sistema*, septiembre de 1984. Este artículo fue una primera versión del capítulo 4 de este libro.

<sup>5</sup> P. Judet y Ch. Palloix, *Grandes firmes multinationales et transfert de technologies*, Grenoble, IREP, 1972.

que comparte ideas y creencias<sup>6</sup>. Los avances tecnológicos desde la fase de la producción de masas hasta la producción automatizada contribuirán a este desarrollo aumentando las perspectivas para la integración moral de los trabajadores en las empresas<sup>7</sup>.

Estos teóricos contemplan los aspectos tecnológicos y organizativos de la producción como la característica más importante de las sociedades avanzadas<sup>8</sup>. La propiedad de los medios de producción a partir de la separación entre propiedad y control<sup>9</sup>, es un aspecto secundario en las sociedades industrializadas, tanto si su formulación es capitalista como si es socialista.

Las recientes teorías sobre la sociedad posindustrial también se basan sobre el hecho de que los cambios de la producción tecnológica afectan esencialmente a la estructura de clases<sup>10</sup>. Los cambios tecnológicos implican que el conocimiento teórico especializado confiere poder a los individuos de la misma forma que lo hizo la propiedad privada en las primeras fases de la industrialización, y esto acrecienta considerablemente la movilidad ocupacional, social y geográfica<sup>11</sup>. Estas transformaciones desdibujan la diferencia entre las ocupaciones manuales e intelectuales; la clase obrera entendida en sentido decimonónico se desintegra porque disminuye su conciencia de clase y aumenta su esfuerzo por integrarse en las pautas de consumo de la clase media; el conflicto se institucionaliza y disminuye su virulencia, tomando cada vez más la forma de organizaciones con intereses específicos.

La relación entre la estructura de clases y el Estado ha sido vista, generalmente, desde dos perspectivas, y ambas lo han considerado siempre como un mercado político. La primera, expuesta por Lipset, ha visto los conflictos de intereses y de clase

---

<sup>6</sup> C. Kerr y Dunlop, *Industrialism and industrial man*, Harvard Univ. Press, 1960. Véase también S. M. Lipset, «The changing class structure of contemporary European politics», *Daedalus*, 63, invierno, pp. 271-303.

<sup>7</sup> R. Blauner, «Work satisfaction and industrial trends in modern society», en W. Galenson y S. M. Lipset (comps.), *Labor and trade unionism: An inter-disciplinary reader*, Nueva York, Wiley, 1960, pp. 339-360.

<sup>8</sup> J. K. Galbraith, *The new industrial state*, Signet Books, 1967; y recientemente, *The anatomy of power*, Hamish Hamilton, 1984.

<sup>9</sup> A. Berle y G. Means, *The modern corporation and private property*, Nueva York, MacMillan, 1932.

<sup>10</sup> D. Bell, *The coming of post-industrial society*, Nueva York, Basic Books, 1972.

<sup>11</sup> R. Bendix y S. M. Lipset, *Class, status and power; social stratification in comparative perspective*, Nueva York, Free Press, 1966.



mediados siempre a través de la competición de los partidos políticos y al Estado como un agente políticamente neutral, mientras que para la segunda, representada por Dahl, las instituciones estatales son abordadas directamente por los intereses de grupo para su control particular y como base de poder político no electoral. La proliferación de programas e instituciones, por una parte, y la diferenciación de los niveles estatales, por otra, se consideran como una necesidad para que cualquier grupo de interés pueda impedir y bloquear graves injusticias, o al menos asegurarse una mínima presencia en los aparatos del Estado.

La difusión de estas ideas y sus autores en Europa ha sido considerable, tanto en el ámbito académico como fuera de él. En la década de los cincuenta R. Aron<sup>12</sup> puso el acento sobre las características estructurales y culturales comunes que todas las sociedades industrialmente avanzadas compartirían en el futuro como *imperativos* de la industrialización. Entre los economistas no marxistas se difundió la idea de las etapas del crecimiento económico de Rostow<sup>13</sup> y el funcionalismo construyó la teoría del equilibrio de los sistemas<sup>14</sup>. Las sociedades a medida que se industrializan alcanzan una mayor homogeneidad en sus instituciones sociales y pautas culturales, es decir se da una progresiva convergencia en sus formas de vida, en clara alusión a Europa, EE.UU. y todos aquellos países que siguen este modelo de desarrollo.

Esta perspectiva de las ideas liberales encuentra su fundamentación en el legado spenceriano de la evolución en la complejidad social y la capacidad de adaptación de los sistemas. Una crítica de esta formulación historicista fue presentada por Goldthorpe al VII Congreso Internacional de Sociología<sup>15</sup>.

El segundo elemento que hemos mencionado anteriormente es el de la intervención decisiva del Estado en la política económica y la estructura productiva y laboral de los países industrializados. En los países europeos del Occidente, en la actualidad, entre un 5 y un 20 % del Producto Nacional Bruto es producido por empresas de las que, en alguna medida, el Estado es propietario. Las vías de desarrollo de este «sector público» han sido muy variadas. En Italia y España constituyen funda-

---

<sup>12</sup> R. Aron, *Dix-huit leçons sur la société industrielle*, París, 1962.

<sup>13</sup> W. W. Rostow, *The stages of economic growth*, Cambridge, 1960.

<sup>14</sup> T. Parsons, *The social system*, Londres, 1967.

<sup>15</sup> J. Goldthorpe, «Theories of industrial society», en *Arch. Eurp. Sociol.* XII, 1971, pp. 263-288.

mentalmente un legado fascista; en Austria han sido, predominantemente, el resultado de las propiedades alemanas confiscadas; en Gran Bretaña y Francia son consecuencias de una ola de nacionalizaciones que siguieron a la segunda guerra mundial <sup>16</sup>.

Una idea del aumento del gasto público de los países de la OCDE en estos últimos años nos la da el cuadro 1 <sup>17</sup>.

A la significatividad de estas cantidades habría que añadir que en los países capitalistas avanzados entre un quinto y un

CUADRO 1. *Gasto público en los países de la OCDE 1960-1982. Inversión total en porcentaje del PNB a precios corrientes de mercado.*

	1960	1970	1982
Canadá ... ..	29,3	35,8	45,4
Estados Unidos ... ..	28,1	33,0	38,0
Japón ... ..	17,0	19,4	33,0
Australia ... ..	22,7	26,0	30,7 <sup>a</sup>
Nueva Zelanda ... ..	29,7	27,2	33,6 <sup>b</sup>
Austria ... ..	36,3 <sup>c</sup>	38,2	48,2
Bélgica ... ..	30,3	36,5	51,7 <sup>a</sup>
Dinamarca ... ..	...	41,4	59,7 <sup>d</sup>
Finlandia ... ..	26,4	31,1	39,0 <sup>d</sup>
Francia ... ..	33,8	38,6	51,6
Alemania ... ..	31,4	37,3	48,6
Grecia ... ..	23,4	28,1	33,6 <sup>a</sup>
Irlanda ... ..	32,0	37,9	49,8
Italia ... ..	29,9	33,3	47,4
Holanda ... ..	29,9	40,6	58,9 <sup>d</sup>
Noruega ... ..	26,4	41,0	48,1
Portugal ... ..	...	...	30,7 <sup>b e</sup>
España ... ..	17,7 <sup>c</sup>	21,5	29,5 <sup>b</sup>
Suecia ... ..	31,3	43,8	64,4 <sup>d</sup>
Suiza ... ..	...	...	29,9 <sup>b e</sup>
Reino Unido ... ..	33,2	38,0	46,1

Notas: <sup>a</sup> 1980; <sup>b</sup> 1979; <sup>c</sup> 1964; <sup>d</sup> 1981; <sup>e</sup> sólo gastos corrientes.

Fuente: OCDE National Accounts. Datos no publicados hasta ahora, gentilmente cedidos por la Secretaría de la OCDE.

<sup>16</sup> A. Przeworski, *Capitalism and socialdemocracy*, Cambridge University Press, 1985, pp. 38-39.

<sup>17</sup> G. Therborn, «The prospects of labour and the transformation of advanced capitalism», *New Left Review*, núm. 145, mayo-junio, 1984, páginas 5-38.

tercio de la renta familiar deriva hoy día del gasto público, y no de la propiedad o del trabajo por cuenta del capital público o privado. Además, el sector público, en tareas de educación, salud, cuidado de niños y ancianos, etc..., emplea por lo menos uno de cada cuatro trabajadores de la población activa, como muestra el cuadro 2<sup>18</sup>. Estos trabajadores reproductivos y empleados no están vinculados ni directa ni inmediatamente al capital, como proletariado en sentido clásico.

Richard Hyman<sup>19</sup>, por su parte, afirma que en Francia las profesiones liberales, cuadros y empleados, crecieron desde

CUADRO 2. Empleo en el sector público en porcentaje del empleo total (1979).

Australia ... ..	25,9
Austria ... ..	30,8
Canadá ... ..	21,8
Dinamarca ... ..	31,0 <sup>d</sup>
Finlandia ... ..	23,0
Francia ... ..	23,3
Alemania ... ..	22,5
Italia ... ..	20,6
Japón ... ..	6,5 <sup>a</sup>
Holanda ... ..	18,7 <sup>b</sup>
Noruega ... ..	25,3 <sup>b</sup>
Suecia ... ..	37,2 <sup>c</sup>
Reino Unido ... ..	29,7
Estados Unidos ... ..	18,0

Notas: <sup>a</sup> Empresas públicas exclusivamente; <sup>b</sup> calculado en años-hombre, por tanto, representan una cifra más baja que en otros países, debido a la práctica extendida del trabajo a tiempo parcial en el sector de servicios sociales; <sup>c</sup> cifra del empleo gubernamental de 1978, cifra de las empresas públicas de 1977; <sup>d</sup> 1981.

Fuentes: Francia, La fonction publique en 1981, *La Documentation Française*, París, 1982, p. 10; Austria, CEEP, *Die öffentliche Wirtschaft in der Europäischen Gemeinschaft*, Berlín, 1981, p. 154; Dinamarca y Finlandia, *Den Offentliga sektorns sysselsättningsutveckling in Norden under 1970-talet*, Oslo, 1983, p. 6; otros países, OCDE, *Employment in the public sector*, París, pp. 12, 79.

<sup>18</sup> G. Therborn, ob. cit.

<sup>19</sup> R. Hyman, «Occupational structure, collective organization and industrial militancy», en C. Crouch y A. Pizzorno (comps.), *The resurgence of class conflict in Western Europe since 1968*, MacMillan Press, 1978, vol. 2, pp. 57-70.

el 24 % de la fuerza de trabajo en 1962 hasta el 30 % en 1968. En Italia, dirigentes y empleados, pasaron del 9 % en 1954 al 14 % en 1963 y al 20 % en 1973; y en Alemania del 30 % en 1962 al 40 % en 1972. Carter<sup>20</sup>, en su reciente libro sobre las clases medias, constata que en Inglaterra el número de trabajadores manuales en 1971 representaba solamente el 54,7 % de la población activa, es decir que casi uno de cada dos trabajadores pertenecía a los *white-collar*, situación que estaba alcanzándose poco a poco en todos los países europeos.

Estas transformaciones generales en la estructura laboral han conducido a una nueva concepción de los sectores productivos que permite mayor claridad y operatividad en los análisis aplicados al tardocapitalismo. Así, autores como Macpherson<sup>21</sup>, Frankel<sup>22</sup>, Offe y otros establecen tres grandes sectores productivos: a) el sector *monopolista*, caracterizado por un mercado altamente organizado y capital intensivo, capaz de invertir en tecnologías avanzadas que permitan fijar precios y mantener salarios altos; b) el sector *competitivo*, formado por pequeñas y medianas empresas, con escasa capacidad de inversión y acumulación, trabajo intensivo y bajo nivel tecnológico, sujeto a precios competitivos e incapaz de ir más allá de los mercados regionales. Estas empresas sujetas a las leyes del mercado están casi siempre determinadas por el sector monopolista o por las políticas del Estado y contienen la mano de obra menos cualificada y más desaventajada; y c) el sector *público*, cuya fuerza de trabajo, —*white collar*— no tiene relación directa con la producción sometida al mercado, sino que depende directamente de la política administrativa del Estado, aunque tenga una relación indirecta con el proceso de acumulación y sea el motor de la reproducción.

El efecto combinado del crecimiento del *rol* del Estado y la fragmentación del trabajo y el capital en estos tres sectores ha producido una alteración considerable en las relaciones de producción del capitalismo clásico y en la relación del capital con el Estado.

Así pues, los dos factores de que hemos hablado hasta aquí —la penetración ideológica de la ciencia social americana y los

---

<sup>20</sup> R. Carter, *Capitalism, class conflict and the new middle class*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1985.

<sup>21</sup> C. B. Macpherson, «Do we need a theory of the state?», *Arch. Europ. Sociol.*, XVIII, 1977, pp. 223-244.

<sup>22</sup> B. Frankel, «On the state of the state: Marxist theories of the state after Leninism», *Theory and Society*, 7, 1979, pp. 205-216.

cambios en la estructura productiva y laboral del tardocapitalismo como consecuencia de la transformación del papel que desempeña el Estado moderno—, han influido considerablemente en la literatura sobre las clases sociales en Europa a partir de la década de los cincuenta. Aquí se destaca, entre otras cosas, el cambio producido en sus características fundamentales, como la *composición de clase*, formación y organización, las *bases de la dominación*, las *relaciones entre las clases* y las *prácticas de clase*. Los estudios sobre cuadros, trabajadores por cuenta propia y pequeños empresarios, profesiones liberales, etcétera..., han proliferado considerablemente, y es abundante la literatura sobre lo que se ha convenido en llamar *las clases medias*, acerca de cuyo ámbito, composición y concepto se han celebrados encuentros y conferencias internacionales<sup>23</sup>. Vamos a ver detenidamente esta literatura.

## II. LAS CLASES MEDIAS

La consideración y polémica sobre las clases medias empezó ya en el seno del partido socialista alemán a principios del presente siglo<sup>24</sup>; Kautsky argüía que la clase media fue creada por el deseo de los grandes explotadores de desprenderse de los deberes burocráticos, y que sus efectivos aumentaron con el tamaño de la empresa y la multiplicación de las funciones del Estado. Esta clase no podía ser tratada por el movimiento socialista como simples proletarios, porque la mayor parte de sus miembros procedían de la burguesía y poseían privilegios educativos que no tenía la clase obrera, pero era valorada como una clase residual en vías de proletarización. Bernstein, con su negativa a la creciente proletarización, fue quizá quien más contribuyó, en el seno del SPD, a la creencia en la formación, crecimiento e importancia de estas clases.

Fuera del movimiento socialista, en el ámbito más teórico y académico, los escritos de Sombart, Spengler, Weber, Lederer y otros, recorrieron esta parte del siglo analizando los rasgos de esa clase media. Lederer<sup>25</sup>, por ejemplo, que obtuvo impor-

<sup>23</sup> C. Carboni, *I ceti medi in Italia*, Bari, Laterza, 1981.

<sup>24</sup> R. Carter, ob. cit.

<sup>25</sup> E. Lederer, *The problem of modern salaried employee: its theoretical and statistical basis*, Nueva York, 1937.



tantes posiciones académicas en Alemania y EEUU antes de la segunda guerra mundial, sostenía que ante todo emerge una clase de técnicos, quienes, desde el punto de vista sociológico, no puede ser categóricamente clasificados como empleados o trabajadores. La importancia numérica de esta clase aumenta con la creación de estratos socialmente análogos en el comercio y los servicios públicos. Además, subrayaba ya la heterogeneidad en su composición, distinguiendo entre empleados del comercio y empleados técnicos, así como la diferenciación entre sus intereses y los de la clase obrera. Antes de 1918, esta diferenciación se reflejaba, por una parte, en reivindicaciones distintas al programa social de los obreros y, por otra, en el rechazo de su colaboración, sindicación e ideología socialista. Para Speier<sup>26</sup> las causas de esta distinta valoración que los *white-collar* tienen de sí mismos radica en: a) el hecho de que comparten la autoridad con los que gobiernan, y b) su educación como depositarios de la experiencia administrativa.

Ahora bien, cuando realmente se extiende este pensamiento por toda Europa es después de la segunda guerra mundial a causa, ya lo hemos visto, del desarrollo económico sin precedentes, la expansión del capital, la innovación tecnológica y el crecimiento de las funciones del Estado. En el ámbito del socialismo alemán, Karl Renner<sup>27</sup> tuvo una importancia decisiva tanto por su ruptura ideológica con el marxismo como por su prominente posición política. Para Renner, que ocupó la presidencia de la II República austríaca a partir de 1945, la posguerra mundial había consolidado una nueva clase —*la service class*— que nacía de la creciente subdivisión de las funciones del capitalismo; no son ni capitalistas ni trabajadores, no son propietarios de capital, no crean valor por su trabajo, pero controlan el valor creado por otros y trabajan al servicio del capital.

Sin embargo, el pensamiento que más influiría en toda esta corriente analítica será el de Max Weber<sup>28</sup>. Para Weber, las clases se expresan fundamentalmente a través de las distintas

---

<sup>26</sup> H. Speier, «The salaried employee in modern society», *Social Research*, vol. 1, núm. 1, 1934, pp. 111-133.

<sup>27</sup> K. Renner, «The service class», en T. Bottomore y P. Goode, *Austro-marxism*, Oxford, 1978, pp. 249-252.

<sup>28</sup> M. Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

posiciones que los individuos y grupos tienen ante el mercado. Las situaciones de clase se expresan sobre la base del tipo de bienes y propiedades que sus miembros controlan, así como de los servicios y capacidades que están en disposición de ofrecer al mercado. El control sobre distintos tipos de propiedad conduce a la formación de diferentes «clases propietarias».

En nuestra terminología —afirma—, «clases» no son colectivos; solamente representan las bases frecuentes y posibles para la acción común. Podremos hablar de una «clase» cuando a) existe un número de individuos que tiene en común un componente causal específico de sus oportunidades de vida, b) este componente es representado exclusivamente por intereses económicos en la posesión de bienes y oportunidades de renta, y además, c) es representado bajo las condiciones de mercancía en el mercado de trabajo.

El concepto weberiano de clase se relaciona con el marxista en la medida en que el control de la propiedad es el determinante mayor de la capacidad de mercado. La propiedad o falta de propiedad son las categorías básicas de todas las situaciones de clase, pero mientras Marx se refiere a la propiedad privada de los medios de producción —subrayando la variable económica, de la que derivará la sociológica del *status*—, Weber se refiere no sólo a la económica, sino también a la sociológica como independiente y no determinada, usando el concepto de clase para explicar primordialmente las relaciones y diferencias de oportunidades de vida de los individuos y grupos sociales. Así, mientras Marx pone el énfasis en la esfera de la producción como lógica del desarrollo social, Weber asume que la esfera del consumo es tan importante como la productiva para conocer la estructura y el desarrollo de la sociedad. De esta manera, *status* y clase están a la par como bases potenciales del conflicto y cambio social.

Toda la teoría de la estratificación se apoyará en esta visión weberiana de las clases, y la mayor parte de los estudios sobre las profesiones, los cuadros y en general las clases medias, se inspiran en la aportación sociológica de este autor.

La sociología sajona de este período estuvo también marcada por el pensamiento social de Weber, que penetrará todos los países europeos rápidamente, sobre todo en los ámbitos académicos. Pero dos autores de la inmediata posguerra contribuyeron tanto como él en la discusión de este capítulo, teniendo en cuenta además que la tradición fabiana era un

terreno abonado para el cultivo de estas teorías. Estos autores son C. W. Mills<sup>29</sup> y R. Dahrendorf<sup>30</sup>.

Para Mills (1951) se estaba dando ya un crecimiento enorme de la burocracia en todas las áreas de la vida social, desde el mundo de los negocios al sistema educativo, desde el aparato jurídico hasta la expresión artística. El origen de los alienados trabajadores *white-collar* como clase está en la ruptura que se ha producido entre la vieja sociedad empresarial y el nuevo orden burocratizado; además, la mecanización y la consiguiente descualificación han conducido a un empeoramiento en la calidad de la experiencia en el trabajo.

Las razones del aumento de las ocupaciones para la clase media son: primero los cambios tecnológicos, que conllevan una gran productividad en el trabajo; en segundo lugar el crecimiento industrial a gran escala, que ha comportado un aumento considerable en los sectores de *marketing* y distribución. Un gran número de individuos han encontrado ocupación en ventas, transportes y comunicaciones, sector financiero, etc...; y por último el crecimiento de los negocios y de las actividades gubernamentales, que ha supuesto una demanda en puestos de administración, coordinación y *management*.

Por tanto, el factor ocupación, más que la propiedad, constituye la base de la estratificación de clases en las sociedades contemporáneas. Estas clases aparecen diversificadas en su forma social, contradictorias en sus intereses materiales y poco similares en sus ilusiones ideológicas; no hay por tanto entre ellas una homogeneidad de base que posibilite un movimiento político común. Con todo, para Mills, la posición estructural de las clases medias se acerca cada vez más a la de las clases trabajadoras en el aspecto salarial y en los niveles de cualificación.

Dahrendorf (1959), que ha sido durante muchos años director de la London School of Economics, fija su atención, sobre todo, en las bases del conflicto social y rechaza el análisis de la estructura de clases de Marx porque no es aplicable a la estructura de las sociedades modernas, que han cambiado en aspectos tan esenciales como la disociación entre propiedad y control de los medios de producción, la descomposición del trabajo, la cre-

---

<sup>29</sup> C. W. Mills, *White collar*, Nueva York, Oxford Univ. Press, 1951.

<sup>30</sup> R. Dahrendorf, *Class and class conflict in an industrial society*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1959.

ciente heterogeneidad de las formas de vida, lo que ha impedido la extrapolación, y el aumento continuado de la clase media.

La propiedad ya no es el punto neurálgico sobre el que descansa la división y lucha de clases; la *autoridad*, como ejercicio legítimo del poder, es la variable central para la formación de las clases. La autoridad se refiere a un tipo de relación social independiente de las relaciones económicas y su estructura social, es el determinante estructural de la formación de clase y del conflicto. La propiedad de los medios de producción es sólo uno de los múltiples fundamentos de la autoridad.

De la misma manera que muchos otros weberianos, Dahrendorf enfatiza la heterogeneidad de la clase media; al situar una parte de los *white-collar* dentro de la jerarquía burocrática y otra parte fuera, deja irresuelto el problema de las fronteras de clases y separa la conflictualidad industrial de la social.

Quizá convendría recordar aquí que el cambio paulatino y real en la estructura de la fuerza de trabajo de estos dos países (Alemania e Inglaterra), la intervención del Estado en muchas áreas de la sociedad civil, y el debate en los ámbitos intelectuales y académicos, sobre la aparición y composición de las clases medias, no fueron ajenos a los cambios que se produjeron en las confesiones ideológicas de los partidos socialdemócratas: primero en el Congreso del SPD alemán (Bad Godesberg)<sup>31</sup> en el año 1958 y después en las elecciones al Parlamento inglés en 1964<sup>32</sup>. En ambas coyunturas políticas el «llamamiento» socialista subrayó considerablemente los aspectos de «ciudadanía» y «modernización», relegando a segundo término las invocaciones a la «clase».

Una perspectiva distinta se desarrolló entre los teóricos franceses de la «nueva clase obrera». Con una tradición distinta en el campo del pensamiento socialista, una experiencia histórica diferente en el comportamiento y evolución de los movimientos sociales y una composición de clase en rápida transformación, los estudios de Mallet<sup>33</sup> y Touraine<sup>34</sup> no se dirigieron a los *white-collar* en general sino a las empresas tecnológicamente avanzadas, hacia el sindicalismo potencialmente radical de los técnicos e ingenieros junto a los trabajadores manuales técni-

---

<sup>31</sup> L. Harrington, *Socialismo*, México, FCE, 1978.

<sup>32</sup> Labour Party Annual Conference Report 1963, *Harold Wilson's speech to Labour Party Conference*, pp. 134-140.

<sup>33</sup> S. Mallet, *La nouvelle classe ouvrière*, París, Seuil, 1963.

<sup>34</sup> A. Touraine, *L'évolution du travail aux usines Renault*, París, CNRS, 1966, y también *La conscience ouvrière*, París, Seuil, 1966.

camente capacitados. Tal como afirma Hyman<sup>35</sup>, el argumento común a ambos estudiosos —en otros aspectos diferenciados— se centró en dos características de la situación de dichos trabajadores: la posesión de un alto nivel de educación y adiestramiento y su fuerte integración en la estructura social de la empresa.

Tales empleados —potencialmente nuevas clases medias tanto en Francia como en Italia— fueron particularmente conscientes de su alienación, de la contradicción que se establecía entre el rol que desempeñaban en un proceso productivo internamente racionalizado y la subordinación de este proceso a las prioridades externas de la dinámica del capitalismo y del poder de clase. En esta situación rompen con los esquemas del sindicalismo tradicional, encerrado en la lógica de las prioridades del capital e incapaz de desarrollar estrategias para participar en la dirección de las empresas y de la economía, para desembocar en el *sindicalismo gestor*, que supone tomar conciencia de la identidad de clase, de su oposición a los intereses de la clase capitalista, y la necesidad de resituar los conflictos más inmediatos en el conjunto de las relaciones sociales que requieren una transformación total.

Las revueltas de Mayo del 68 francés y el *Autumno caldo* italiano suponían la confirmación de estas tesis sobre la «nueva clase obrera». Pero el balance de esta experiencia pocos años más tarde (Adam, Golthorpe, etc...) mostró su ambigüedad, y un estudio más detallado de esta conflictualidad, de sus causas y consecuencias, apunta unas conclusiones que tienen poco que ver con las primeras hipótesis pero que nos parecen más acertadas y están estrechamente vinculadas al tema que nos ocupa.

En el prefacio del segundo volumen del trabajo que emprenden una serie de estudiosos europeos sobre este tema, Crouch<sup>36</sup> afirma que alrededor de 1968 el capitalismo occidental había llegado al final de la posguerra, que el crecimiento económico ininterrumpido también había alcanzado un límite, y que la cuestión era saber si miramos ese período como históricamente trascendido por otro de conflictualidad renovada —donde la clase obrera va a jugar un papel nuevo y crucial—, o más bien si nos encontramos ante algo parecido a un proceso cíclico que nos conduce a pensar en tendencias de *reinstitutionalización*.

---

<sup>35</sup> R. Hyman, ob. cit.

<sup>36</sup> C. Crouch y A. Pizzorno, *The resurgence of class conflict in Western Europe since 1968*, Londres, MacMillan Press, 1978.



Los trabajadores, después de años de pleno empleo, ocupaban nuevas posiciones; nuevos grupos habían aparecido, en parte como consecuencia de los cambios tecnológicos de la posguerra y en parte como resultado de la demanda masiva de mano de obra generada por la expansión (mujeres, inmigrantes rurales, etcétera). En muchos casos estos grupos debían poco a las ideologías establecidas, sindicatos y partidos, que habían sido desarrollados por generaciones anteriores, y al mismo tiempo aparecían otras zonas e intereses de conflicto. Ahora bien, la crudeza de estos conflictos no significaba necesariamente una vuelta a los modelos característicos de la preguerra; demasiadas cosas habían cambiado. El Estado, sus actividades fiscales y la organización del trabajo y el capital ocupaban nuevas posiciones dentro de la política económica de los países europeos. Y concluyen:

en el momento que vivimos, muchos grupos e instituciones, a todos los niveles, se están ajustando a estos cambios y están desarrollando nuevas estructuras sociales, solidaridades y contradicciones. Así pues, los fenómenos que inicialmente inspiraron nuestro proyecto de investigación, como el crecimiento de la militancia de base, la descentralización de los conflictos, la formación de la nueva estructura ocupacional, etc., han dirigido finalmente nuestra atención hacia el Estado y sus relaciones con las organizaciones del capital y del trabajo, y hacia las variables macroeconómicas a nivel nacional e internacional.

Sin embargo, a partir de aquí, no toda la literatura sobre las clases derivó su atención hacia el Estado, aunque sí es cierto que la variable «Estado» se ha tenido mucho más en cuenta que en estudios precedentes. Se puede afirmar, con todo, que la dialéctica clases-Estado ha tenido una presencia mucho mayor en los enfoques de carácter marxista, sobre todo después de las aportaciones del estructuralismo francés, y menor en los trabajos que se han centrado en el diálogo Marx-Weber o en las clases medias <sup>37</sup>.

Estos últimos, bien desde el punto de vista teórico, bien desde la praxis de la sociología aplicada, han abundado considerablemente tanto en un paradigma como en otro. No nos referimos aquí a los trabajos que tratan el papel que las clases medias jugaron en el nacionalsocialismo, poujadismo o mccarthismo, sino a estudios sobre las características peculiares de las

---

<sup>37</sup> Un caso aparte lo constituye A. Giddens.

clases medias y la pequeña burguesía con respecto al mercado, a las condiciones de trabajo, etcétera... como son los trabajos de la Universidad de Edimburgo de Bechhofer y B. Elliot<sup>38</sup>, el debate sobre los *Ceti medi* en Italia<sup>39</sup> o la recopilación y tratamiento sistemático de toda esta literatura por Abercrombie y Urry en Inglaterra<sup>40</sup>.

No habría que olvidar tampoco que la sociología de las clases, como el resto de la sociología, llegó a España unos años más tarde, donde también proliferaron —sobre todo en la década de los 70-80—, los trabajos sobre la burocracia, profesiones liberales, cuadros medios y trabajadores cualificados, etcétera. La lista de las aportaciones se haría interminable, pero tendríamos que citar, aun a riesgo de olvidos, los informes FOESSA<sup>41</sup>, estudios de Salustiano del Campo, José Castillo, Pérez Díaz, etcétera. Una bibliografía más detallada se puede encontrar en J. F. Tezanos<sup>42</sup> quien ha dedicado muchos de sus esfuerzos a este tema y por último a Miguel Beltrán, estudioso del fenómeno burocrático y actualmente coordinador del Grupo Internacional para el Estudio de las Clases Medias en la Europa Mediterránea. Y habría que añadir que la desmarxistización del PSOE con su XXIX Congreso federal y su llamada a la «modernización» tampoco fue ajena a esta literatura.

Dejando aparte esta correlación entre literatura sociológica y evolución política de los partidos socialistas, podríamos centrar la atención en el trabajo de Abercrombie y Urry, por ser una recopilación de la literatura sobre las clases medias en el contexto del diálogo Marx-Weber, que contiene los múltiples intentos de captación de esta realidad, sus virtudes y limitaciones. Estos autores pretenden resumir y sintetizar las diversas aportaciones teóricas con la finalidad de encontrar una definición comprensiva de ambos paradigmas capaz de afrontar el fenómeno de las clases en su complejidad.

Para Abercrombie y Urry es incoherente analizar las clases medias en el capitalismo contemporáneo como descendientes

<sup>38</sup> F. Bechhofer y B. Elliot (comps.), *The petite bourgeoisie*, Londres, MacMillan Press, 1981.

<sup>39</sup> C. Carboni (comp.), *I ceti medi in Italia*, Bari, Laterza, 1981.

<sup>40</sup> N. Abercrombie y J. Urry, *Capital, labour and the middle classes*, Londres, George Allen, 1983.

<sup>41</sup> Los informes FOESSA, comenzados por A. de Miguel, han incluido detallados estudios sobre la estructura de las ocupaciones y la estratificación general.

<sup>42</sup> J. F. Tezanos, *Estructura de clases y conflictos de poder en la España post-franquista*, Madrid, Edicusa, 1981.

directas de sus variantes en los siglos XVIII y XIX. El uso del término *clase media*, hoy día, varía considerablemente, pero en general el concepto se refiere a las distintas ocupaciones de *white-collar*, desde los profesionales de las categorías más altas hasta los trabajadores administrativos que realizan las tareas más rutinarias y a las divisiones entre tales grupos y la clase capitalista, por una parte, y la trabajadora por la otra.

En primer lugar, tratan de analizar las diferencias entre lo que llaman *service class* (burocracia cualificada) y los *white-collar* no cualificados; en segundo lugar consideran la importancia crucial del conocimiento y la educación en la constitución de tales clases; y por último, investigan algunos de los efectos más importantes de su desarrollo en el capitalismo contemporáneo. Entre la *service class* y los *white-collar* no cualificados identifican otras fracciones como a) la pequeña burguesía tradicional, que abarca las formas separadas y subordinadas de trabajo social; b) la clase media del sector estatal que no controla directamente puestos de trabajo; y c) la clase media del sector privado que controla trabajo y se opone al capital y a la expansión del Estado. Para el conocimiento de estas clases son más importantes las formas de interdependencia y las luchas entre las distintas fuerzas que el análisis y clasificación de sus grupos e individuos.

Después de describir las teorías weberianas y las dificultades y problemas que en ellas se encuentran, como el tamaño y la significación de las clases medias, su nivel de conciencia y su capacidad de movilización, su complejidad y fragmentación, el problema de las *fronteras* con las otras clases, etcétera, pasan a considerar las teorías marxistas, estableciendo una división entre aquellos neomarxistas que consideran las clases medias como clases con tendencia a la proletarización, o grupos inestables que no tienen ni voluntad ni poder para transformar la sociedad, y los que consideran todo lo contrario, es decir, su tendencia al aburguesamiento como característica fundamental.

Finalmente, afrontan su propia visión de las clases medias afirmando que una separación o contraposición entre las teorías weberianas y marxistas no es hoy ni adecuada ni provechosa, y se inclinan por una aproximación ecléctica que incorpore elementos de ambos paradigmas. Tres son los elementos básicos para la interpretación y definición correcta de las clases medias: el lugar que ocupan en el proceso productivo, la función que realizan dentro del sistema capitalista y los intereses y luchas que defienden. Respecto al primer punto, afirman que aunque

las clases son definidas en función de su posición de mercado y situación de trabajo, sólo es posible entenderlas mostrando cuál es el *rol* funcional de la situación de clase. A su vez, una interpretación de los cambios en estas funciones y la forma en que son distribuidas en posiciones de clase sólo se adquiere a través de una consideración de los desarrollos dentro del modo de producción capitalista. Arguyen también que no se puede considerar la estructura de clase de la sociedad capitalista contemporánea como si únicamente fuese determinada por la economía, porque las luchas de clase y otras fuerzas sociales afectan los verdaderos procesos que determinan las clases.

Así pues, distinguen claramente entre la *service class* (burocracia cualificada) y los *white-collar* no cualificados. Los primeros realizan funciones de control, conceptualización y reproducción necesarias para el capital en su relación con el trabajo. La mayor parte de sus puestos de trabajo se ubican en la burocracia, que funciona esencialmente con un mercado de trabajo interno; la mayoría de estos empleados, en su carrera profesional, tienen un conjunto de expectativas estables. Esta situación es diferente para los *white-collar* no cualificados, cuya posición en el mercado de trabajo los coloca estructuralmente dentro de la clase trabajadora. Su función consiste en la socialización del trabajo improductivo debido a: 1) la disminución del trabajo productivo directo y el aumento considerable de los servicios (educativos, sanitarios, etcétera), y 2) la expansión y complejidad de las funciones de planificación, supervisión, *management*, etcétera. El desarrollo de las relaciones capitalistas ha ampliado considerablemente el uso de las cualificaciones provistas generalmente a través del sistema educativo. Esto no es una necesidad técnica, sino una consecuencia de los desarrollos entre el capital, el trabajo y el Estado. La ampliación del empleo estatal supone el uso creciente de las cualificaciones adquiridas dentro del sistema educativo y parcialmente financiado por el Estado.

Por último, refiriéndose a las formas de lucha creen que las clases han de ser vistas como entidades que poseen poderes causales capaces de generar acontecimientos empíricamente observables. La clase burocrática utilizaría sus poderes causales para reestructurar las sociedades capitalistas, para maximizar el divorcio entre concepción y ejecución así como para asegurar la elaboración de estructuras altamente específicas y diferenciadas, dentro de las cuales el conocimiento y la ciencia puedan desarrollarse al máximo. Sirven, por tanto, para descualificar el trabajo productivo y maximizar los requisitos educativos de los

empleos dentro de la división social del trabajo. De esta manera, ciertos cambios en el capitalismo contemporáneo y más concretamente la creciente complejidad de las formas actuales del conocimiento han reforzado considerablemente los poderes causales de la clase burocrática en detrimento del capital y trabajo, sobre todo de este último.

¿Qué formas organizativas han desarrollado? Las organizaciones de las clases medias operan de manera oportunista, en el contexto de otras ya organizadas, enfocadas más a los medios que a los fines, priorizan las victorias a corto plazo y emplean criterios cuantitativos para el reclutamiento y la movilización. A medida que el capitalismo se ha desarrollado se inicia un cambio hacia organizaciones verticales, mientras que en las últimas etapas se observa una tendencia hacia una mayor organización horizontal. Este último cambio se asocia a un crecimiento excepcional del mercado en la diversidad de la sociedad civil. Encontramos una sociedad civil organizada horizontalmente cuando hay un gran número de grupos sociales, y otras prácticas no específicas de clase, que dan lugar a formas de representación relativamente autónomas dentro del Estado.

Los efectos de este crecimiento y desarrollo de las clases medias han sido: a) incrementar la diversidad de la sociedad civil, y b) reducir la organización vertical y el grado en que las organizaciones dependen de las clases.

En este ámbito, ¿qué formas políticas adquiere? En primer lugar una amplia variedad de prácticas políticas, en segundo una creciente fragmentación, y por último, una escasa probabilidad de acción política independiente y unificada. Las consecuencias y efectos de tales formas políticas son: a) oscurecer la total dominación de las relaciones capitalistas, b) proporcionar legitimación profesional y técnica sobre toda la sociedad, c) suministrar liderazgo a los movimientos de clase obrera, etcétera.

Por último, aunque es incorrecto considerar la clase burocrática como una clase potencialmente dirigente como Gouldner predijo para su «nueva clase»<sup>43</sup>, y ha vuelto a insistir recientemente<sup>44</sup>, es cierto que posee poderes causales suficientes para generar sus organizaciones horizontales y desagregar la sociedad civil, lo que frustrará todavía más la realidad de los poderes del proletariado.

---

<sup>43</sup> A. W. Gouldner, *The future of intellectuals and the rise of the new class*, Londres, MacMillan, 1979.

<sup>44</sup> A. W. Gouldner, *Against fragmentation. The origins of marxism and the sociology of intellectuals*, Oxford Univ. Press, 1985.



Aunque el tratamiento exhaustivo que estos autores realizan sobre las clases medias nos proporciona numerosos elementos para el análisis y comprensión de los cambios que se han producido durante estos últimos años en la composición de las clases y sus formas de lucha, no se observa por ninguna parte la dialéctica clases-Estado. Es cierto que hay un reconocimiento del aumento de las clases medias debido al considerable crecimiento y reestructuración de los servicios del Estado, así como de su proyección horizontal en la sociedad civil, pero la mezcla metodológica de la economía política y la sociología comprensiva que tratan de combinar, no resitúa el tema de las clases en niveles distintos a los que ya conocemos, ni nos permite pensar que la acción del Estado haya sido suficientemente decisiva como para reformular el tema de las clases. Tendremos que considerar otras aportaciones —aquéllas que consideran al Estado como el motor del desarrollo y cambio social contemporáneos— para comprobar si realmente estos cambios se han verificado.

### III. ESTADO Y CLASES

#### 3.1. *El marxismo: Poulantzas, Wright, O'Connor*

Aunque ya Gramsci había abordado el tema del poder del Estado y su vinculación a las clases sociales, en realidad el primer tratamiento sistemático en esta dirección se lo debemos a Poulantzas<sup>45</sup> (1968), para quien un estudio científico del Estado capitalista supone una triple elaboración teórica: a) una *teoría general* del materialismo histórico de los modos de producción, b) una *teoría particular* de los modos de producción capitalista, para determinar la función y el lugar exacto del Estado y la política en sus niveles económico, político e ideológico, y c) una *teoría regional* del Estado capitalista y la política.

Pero como afirma Jessop<sup>46</sup> más que desarrollar todos los elementos de las teorías particular y general de los modos de producción capitalista se limita a invocar la teoría general de los modos de producción extraída de *El capital* por Althusser, afirmando que *El capital* ya presenta la teoría particular de los

---

<sup>45</sup> N. Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, París, Maspero, 1968.

<sup>46</sup> J. Jessop, *The capitalist State*, Oxford, Martin Robertson, 1982.

modos de producción y la regional de su nivel económico. Esto le permite concentrarse sobre la teoría general del Estado, las clases y el poder, y la teoría regional del Estado dentro del modo de producción capitalista.

Para Poulantzas, más que por instituciones específicas, el Estado es definido por su función general como factor de cohesión o unidad en una formación social dividida en clases. Las otras funciones varían con el modo de producción dominante y están siempre sobredeterminadas por esta función general. Así, el Estado refleja y condensa todas las contradicciones de una formación social dividida en clases; las prácticas políticas son siempre prácticas de clase, y el poder del Estado es el poder de una clase definida a cuyos intereses éste corresponde.

La visión estructuralista, por tanto, pone su énfasis en la dinámica inherente e imperativa de la formación social en la que está inmerso el Estado. La relación entre éste y la clase burguesa es objetiva. Esto significa que si la función del Estado en una determinada formación social y los intereses de la clase dominante coinciden es por razón del mismo sistema; la participación directa de los miembros de la clase dirigente en el aparato estatal no es la causa, sino el efecto, de esta coincidencia objetiva. El poder no está situado en el proceso decisivo, en su apropiación y cooptación por parte de la elite, o en la reconversión del poder económico en político, sino en la habilidad del Estado para reproducir las relaciones de clase y la dominación a través de las relaciones estructurales, que no necesariamente han de ser visibles.

La teoría de las clases en Poulantzas, siempre siguiendo los criterios de la economía política, descansa sobre tres premisas básicas: a) las clases no pueden ser definidas fuera de la lucha de clases y coinciden siempre con sus prácticas de clase, b) las clases comprenden posiciones objetivas en la división social del trabajo, y c) las clases están determinadas estructuralmente, no sólo a nivel económico, sino también a nivel político e ideológico. Dadas estas premisas, la estrategia teórica que adopta Poulantzas para analizar las clases se centra en elaborar los procesos económicos, políticos e ideológicos que determinan las posiciones objetivas de clase dentro de la división social del trabajo.

Mientras en la discusión sobre las fronteras o límites entre la clase trabajadora y la nueva pequeña burguesía pone su atención en los criterios políticos e ideológicos, en la discusión sobre la burguesía se concentra exclusivamente en el nivel económico.

Poulantzas dice muy poco acerca de los criterios ideológicos y políticos específicos que definen la burguesía, limitándose a afirmar que ocupan una posición ideológica y política dominante en la división social del trabajo. El contexto donde trata tales criterios explícitamente es la discusión sobre los dirigentes del aparato del Estado, afirmando que tales posiciones pertenecen a la burguesía no porque ocupen directamente el lugar del capital a nivel económico, sino porque en el Estado capitalista, administran sus funciones al servicio del capital. La posición de clase de tales sujetos no se define directamente por sus relaciones sociales de producción inmediatas, sino más bien indirectamente por la relación entre el Estado y la clase capitalista. Se observa por tanto un cierto determinismo estructural en la dialéctica clases-Estado.

El debate y la crítica hacia la aportación de Poulantzas, desde el campo de la economía política, no ha dejado todavía de resonar en autores como Miliband<sup>47</sup>, Carchedi<sup>48</sup>, E. O. Wright<sup>49</sup>, etcétera. Miliband ha planteado la discusión en la esfera de la autonomía del aparato del Estado, su composición y utilización; Carchedi en la determinación económica de las clases, mientras que Wright ha puesto el acento en la composición y límites de las clases medias.

Los instrumentalistas, que toman como punto de referencia la frase de Marx «el gobierno del Estado moderno no es sino el consejo de administración de los negocios comunes de toda la burguesía», sostienen que el poder del Estado es monopolizado por los componentes de su clase beneficiaria. Sweezy, por ejemplo, en su *Teoría sobre el desarrollo capitalista* considera al Estado como un instrumento en manos de la clase dirigente para reforzar y garantizar la estabilidad de la estructura de clases, y Miliband lo ha formulado más claramente afirmando que es un hecho básico en los países capitalistas avanzados que la mayoría de los hombres y mujeres han sido gobernados, representados, administrados y juzgados por gente de extracción social y económica superior.

En el contexto de la dialéctica clases-Estado, para fundamentar la estrategia del cambio estatal hacia una sociedad socialis-

---

<sup>47</sup> R. Miliband, «Poulantzas and the capitalist State», *New Left Review*, núm. 82, 1973.

<sup>48</sup> G. Carchedi, *On the economic identification of social classes*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1977.

<sup>49</sup> E. O. Wright, *Class, crisis and the State*, Londres, New Left Books, 1978.

ta, Wright ha planteado una conceptualización alternativa a las fronteras de clase establecidas por Poulantzas. Esta crítica le lleva a la conclusión de que existen tres situaciones dentro de la división social del trabajo que se caracterizan por ocupar posiciones contradictorias en las relaciones de clase: 1) *managers* y supervisores, 2) ciertas categorías de empleados semiautónomos, y 3) pequeños propietarios.

Estas ambigüedades son debidas a que determinados grupos ocupan posiciones objetivamente contradictorias dentro de las relaciones de clase a causa de: a) la progresiva pérdida de control sobre el proceso de trabajo por parte de los productores directos, b) la elaboración de complejas jerarquías de autoridad dentro de las empresas capitalistas y de la burocracia, y c) el desdoblamiento de funciones originalmente asumidas por el empresario capitalista.

Las relaciones de clase en la sociedad capitalista en lo que se refiere a los tres procesos que subyacen en las relaciones sociales de producción son: control de la mano de obra, control de los medios físicos de producción y control de las inversiones y recursos. Mientras burguesía y proletariado son los representantes extremos de las posiciones de clase dentro de cada uno de estos tres procesos, la pequeña burguesía se identifica por ocupar posiciones en el segundo y tercero.

Para Wright es importante estudiar y precisar la estructura de clases para conocer su formación, determinantes, relaciones, intereses y luchas. Tales procesos están enraizados en las relaciones de producción, que son la base de los conflictos que ayudan a constituir el movimiento socialista y, por tanto, el cambio del Estado capitalista.

Esta incidencia en el análisis de las relaciones productivas le ha llevado recientemente<sup>50</sup> a reconsiderar su postura sobre las clases medias como situaciones simultáneamente localizadas en más de una clase y por tanto, contradictorias dentro de las relaciones de clase.

Ahora ya no cree que esa solución sea satisfactoria porque adolece de dos defectos importantes; en primer lugar, tiende a desplazar el análisis de las relaciones de clase de la *explotación* a la *dominación*, y en segundo lugar, considera implícitamente al socialismo como la única alternativa posible al capitalismo. En el análisis basado en la *dominación*, la clase se convierte en

---

<sup>50</sup> E. O. Wright, «¿Qué hay de medio en la clase media?, *Zona abierta*, 34-35, enero-junio de 1985, pp. 105-151.

una más de las muchas opresiones (sexual, racial, nacional...) sin especial importancia para el análisis social e histórico, mientras que *explotación* implica intrínsecamente un conjunto de intereses materiales contrapuestos. Este desplazamiento del concepto de explotación al de dominación se ha producido por la falta de categorías para analizar la sociedad posindustrial.

Basándose en el trabajo de Roemer<sup>51</sup>, Wright reconstruye su concepto de clase media redefiniéndola en base a las mismas relaciones que definen las clases polarizadas; la diferencia así subsiste en el modo en que estas relaciones están estructuralmente combinadas con las formas institucionales concretas de cada sociedad.

Su aportación sobre las «fronteras» de clase no se sale, con todo, del contexto poulantziano ni de la economía política, pero sirve para aclarar algunos aspectos oscuros de este enfoque sobre las clases y el Estado.

Si Poulantzas articula a distintos niveles el análisis de la dialéctica clases-Estado, y genera una discusión y debate teórico que se proyectará posteriormente en trabajos aplicados, no entra a considerar los aspectos más concretos de su evolución, como son su intervención política y económica en la mayor parte de las esferas de la sociedad civil. Otros autores, dentro de la misma línea metodológica, han tenido una consideración más inmediata, sin dejar de ser teórica, sobre la forma *Welfare* del Estado, o alguna de sus implicaciones fundamentales.

La mayor parte de estos últimos establecen una periodización histórica en las formas de evolución estatales, que pasa de la etapa *laissez faire* al capitalismo monopolista y de ésta al capitalismo monopolista de Estado. Fine y Harris<sup>52</sup>, por ejemplo, afirman que esta última etapa es el producto de las contradicciones inherentes al capitalismo monopolista que sitúa al Estado directamente en el circuito del capital. Tres son los compromisos que éste asume en el proceso de circulación: a) reemplaza el sistema crediticio privado como el agente principal a través del cual se regula la acumulación del capital, b) aumenta enormemente su poder de apropiación, a través de la vía impositiva altamente socializada, que a su vez, aumenta su poder redistributivo, y c) el Estado mismo se involucra directamente en el proceso productivo donde el capital privado no puede lle-

<sup>51</sup> J. Roemer, «New directions in the marxian theory of exploitation and class», *Politics and Society*, 11, 3, pp. 253-288, 1982; y también *A general theory of exploitation and class*, Harvard Univ. Press, 1982.

<sup>52</sup> B. Fine y L. Harris, *Rereading Capital*, Londres, 1979.



gar o precisa su intervención. El Estado se coloca así en el centro de la reproducción económica y social y, por tanto, en el centro de la lucha de clases.

En este tipo de análisis se observa una concreción mayor de las tareas asumidas por el Estado en su fase tardocapitalista. O'Connor<sup>53</sup>, acercándose todavía más a la estructura de los aparatos estatales, pone al descubierto las contradicciones del *Welfare State*, afirmando que esta forma estatal debe realizar dos funciones básicas: acumulación y legitimación. La primera concierne a sus funciones económicas —crecimiento económico, inversión, etcétera— mientras la segunda a las sociopolíticas —igualdad de oportunidades, justicia, etcétera—. Si las funciones de acumulación se refieren a las formas productivas del gasto del Estado, las de legitimación alcanzan las formas improductivas, que contribuyen a la paz social y a su imagen como un agente previsor. Centra su atención en la crisis fiscal para demostrar cómo su creciente intervención está sembrada de contradicciones no sólo entre las políticas opuestas de acumulación y legitimación, sino también dentro de la propia política distributiva del Estado. Acumulación y gasto agudizan la crisis fiscal que debilita la capacidad del sistema para generar el *surplus* económico necesario para su propia pervivencia y justificación. También analiza las formas en las que la lucha de clases limita la habilidad del Estado para racionalizar el capitalismo y las formas en las que sus estructuras han sido reorganizadas para hacerlas más impermeables al desafío de la clase obrera.

Para O'Connor la fusión de la base económica y la superestructura política en la forma Estado ha extendido la lucha de clases desde la esfera de la producción directa a la esfera de la administración y ha transformado las formas de lucha. El Estado interviene así para burocratizar, encasillar y administrar el conflicto de clase, regulando las relaciones entre capital y trabajo, entre el trabajo organizado y el desempleo, entre el gran capital y el pequeño, y entre el capital de los sectores en expansión y el de los sectores en reconversión.

La política fiscal generalizada que el Estado se ve obligado a cumplir socializa los impuestos de manera distinta a como la acumulación socializa los beneficios, de tal forma que siempre es la clase trabajadora la que carga fundamentalmente con el peso de la acumulación. Además esta misma política separa a los trabajadores del Estado de los funcionarios, y a éstos de los

---

<sup>53</sup> J. O'Connor, *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península, 1981.

obreros del sector privado, sembrando la contradicción en los términos de la lucha de clases.

Así pues, la intervención del Estado en el capitalismo actual ha desplazado la lucha de clases y ha cambiado su naturaleza, porque buena parte de la nueva clase obrera es beneficiaria de sus políticas distributivas.

Por último, el grupo que reflexiona alrededor de la revista americana *Kapitalestate*<sup>54</sup> arguye que el mayor problema analítico de la visión estructuralista es su escasa habilidad para explicar las *actividades de clase* que nacen de su conciencia. La perspectiva instrumentalista, a su vez, ignora los límites de la manipulación directa impuestos por cada formación historico-social concreta a los intereses de la clase dominante. El problema de ambos enfoques es que las presiones o imperativos sistémicos no son abstracciones metafísicas, sino que son fundamentalmente producto de luchas históricas específicas para la dominación de clase. La actividad diaria, la dominación y los intereses de clase han de ser vistos como luchas cotidianas nacidas y definidas en una estructura históricamente determinada.

Estos autores retoman la teoría del Estado implícita en O'Connor y Offe arguyendo que su estructura interna es simultáneamente un *producto*, un *objeto* y un *determinante* del conflicto de clase, y es por sí misma una fuente de poder. La organización de la autoridad política afecta de forma diferente el acceso, la conciencia política, la estrategia y la cohesión de los diversos intereses y las clases. La estructura del Estado no es neutral con respecto a sus efectos sobre el conflicto de clase e interviene entre las necesidades sociales y la forma en que éstas se traducen en reivindicaciones políticas, entre demandas y prestaciones estatales, y entre prestaciones específicas y la habilidad para organizar y suscitar nuevas reivindicaciones en el futuro.

La lucha de clases ha tomado repetidamente la forma de conflicto político sobre la estructura de la autoridad del Estado. Sus estructuras actuales son así no un simple reflejo de los intereses capitalistas sino un reflejo contradictorio de la lucha de clases entre trabajadores y capitalistas.

Su artículo explora la interconexión entre la lucha de clases, las estructuras y las políticas del Estado. Contra instrumentalistas y estructuralistas arguyen que el Estado capitalista debe ser

---

<sup>54</sup> G. Esping-Andersen, R. Friedland, E. O. Wright, «Modes of class struggle and the capitalist state», *Kapitalestate*, 4-5, verano de 1976, pp. 186-221.

analizado como un objeto, un producto y un determinante de la lucha de clase. Analizan en particular dos aspectos de esta interconexión: 1) las formas en que la lucha de clases conforma, de distinta manera, la *estructura* del Estado, y recíprocamente, las formas en las que la estructura del Estado conforma la lucha de clases; 2) las formas en las que el contenido de las políticas de Estado conforma y es conformado por el contenido de las reivindicaciones de las luchas de clases. Su aportación trata de desarrollar un cuadro conceptual en el que tales temas puedan ser analizados, fijándose especialmente sobre la distinción entre las políticas de *producción y circulación*, políticas *mercantiles y no mercantiles*, *reproductivas y no reproductivas*.

Resumiendo, podríamos decir que el análisis marxista del Estado, que deriva estrictamente de la economía política, considera que las últimas transformaciones del Estado en el capitalismo actual han puesto de manifiesto claramente su política intervencionista en favor de la lógica de la acumulación del capital. Este despliegue del Estado en la sociedad civil ha generado capas y estratos medios entre la burguesía y el proletariado necesarios para cumplir su función actual. A su vez, ha desplazado el conflicto y la lucha de clases a su propio seno, su estructura y aparato, que es, por una parte, el centro de las decisiones político-económicas, que dada su magnitud y extensión afectan a todos los sectores sociales, y por otra, y al mismo tiempo, el lugar de las contradicciones no resueltas del propio sistema.

### 3.2. *El marxismo radical de Toni Negri*

Una versión radicalizada de este paradigma fue personificada en la Italia de los setenta por Toni Negri y el grupo de estudiosos que le rodearon. En Italia se estaban desarrollando por entonces varios discursos sobre las clases: el funcionalista, con una concepción neutral del Estado, encabezado por los sociólogos de formación americana, el reformista (Pizzorno, Labini) y el marxista de los *Quaderni Rossi*, que representaba una crítica de las posturas integracionistas del PCI. Para estos últimos, el Estado keynesiano, sus contradicciones y crisis, entrañan una nueva composición de clase que no es simplemente el resultado de una fase o forma de desarrollo capitalista, sino una realidad continuamente modificada, no sólo por las necesidades sino por las tradiciones de lucha, las modalidades de vida, la cultura, etcétera, en definitiva por todos aquellos hechos políticos, socia-

les y morales que acaban por determinar, junto con la estructura del salario, la estructura de la relación de producción de la clase obrera.

Negri<sup>55</sup> confiesa que

durante un largo período hemos hablado de la diferencia entre el obrero profesional y el obrero masa. El taylorismo y la racionalización de la producción habían modificado de manera sustancial la composición política y técnica de la clase obrera. Ahora hablamos del obrero social, nuevo sujeto revolucionario procedente de la crisis y de la reestructuración capitalista, víctima del paro, del trabajo negro y de la explotación generalizada.

Los *Quaderni Rossi* enfocan su análisis sobre la centralidad del obrero social y las nuevas categorías del análisis marxista en el Estado-empresa, la autonomía de la clase, que significa independencia del interés proletario, la negación de la separación fábrica-sociedad y la conflictualidad difusa.

La forma-Estado del capitalismo maduro se ha dado gracias al «compromiso histórico» y a la corporatización del sindicato. Es el nuevo totalitarismo democrático que pone al descubierto los *Quaderni Piacentini* en la década de los setenta. El Estado interviene directamente en la mediación de la relación laboral, de la relación productiva social. Su relativa independencia, respecto a la lucha de clases, es algo que desaparece totalmente en el momento en que se convierte en el elemento fundamental de la regulación de los procesos de reproducción social. Lo que subraya aquí Negri es el carácter *político* de cualquier afirmación relativa al obrero social.

El Estado quiere encarnar de manera acabada esta potencia de división, articulación, determinación jerárquica y determinación disciplinaria respecto a los diferentes estratos de la fuerza de trabajo social. Desde ese punto de vista es y sigue siendo Estado-empresa, y lo es en la medida en que el poder estatal quiere legitimarse a través de su capacidad de intervención directa sobre la estructura de clase y por tanto sobre las articulaciones de su composición.

El gasto público ejerce un papel importante como uno de los elementos fundamentales de la reproducción social. Un elemento cuantitativo y cualitativo. Es decir, responde a las necesidades de la renta según las tensiones de reestructuración, de

---

<sup>55</sup> T. Negri, *Del obrero-masa al obrero social*, Barcelona, Anagrama, 1981. Véase también R. Panzieri, *Lotte operaie nello sviluppo capitalistico*, Turín, P. B. Einaudi, 1976.

las políticas de división y de ruptura de la composición conjunta y social de la clase. El gasto público es el instrumento adecuado a la socialización de la producción. La hipótesis que en consecuencia formula es que el gasto público representa, por una parte, la nueva dimensión de la relación del capital respecto a la reproducción social, y por otra, reproduce en su interior los criterios de jerarquización, de funcionalización conjunta de los sujetos en el proyecto de reproducción del capital, en tanto que reproducción de la sociedad del capital, reproducción de las clases según modelos jerárquicos, y en definitiva de la desigualdad efectiva que el gasto público debe producir en términos de mando. Es obvio que la lucha sobre el gasto público se convierte en la forma adecuada y contemporánea de la lucha sobre el salario. Desde esa perspectiva, el problema del gasto público se configura actualmente como uno de los problemas fundamentales respecto a los cuales aparecen y se determinan las cantidades monetarias que representan la división de clase, y por tanto, los parámetros de la reproducción capitalista.

Así pues, el Estado actúa sobre la composición de clase reestructurándola, transformándola desde el punto de vista técnico, sin conseguir destruirla desde el punto de vista político. Esta nueva composición de clase, su autonomía y la conflictividad difusa que se extiende por toda la sociedad, serán los ejes básicos de la lucha sobre la que se empeñarán los marxistas radicales italianos.

Esto supone, sin ninguna duda, una concepción distinta no tanto de la actuación del Estado, cuanto de sus repercusiones sobre la estructura y formación de clase, así como acerca de la concepción de las formas de lucha. Si la forma-Estado del capitalismo maduro era el resultado del «compromiso histórico», es evidente que la premisa básica del cambio se situaba en la ruptura de este compromiso y de sus vínculos de unión. Los resultados prácticos de este análisis no se hicieron esperar mucho en la reciente historia italiana.

### 3.3. *La teoría sistémica: Claus Offe*

La combinación metodológica de la teoría sistémica con la economía política aplicada al Estado y las clases sociales, corresponde a Offe<sup>56</sup>, aunque actualmente otros autores se encuentran trabajando en esta misma línea.

---

<sup>56</sup> C. Offe, *Lo stato nell capitalismo maturo*, Milán, Etas Libri, 1977.



La característica fundamental que se subraya en esta aproximación novedosa es la sobredeterminadora intervención del Estado en todas las áreas y rincones de la vida social, y cómo esta mediación está cambiando la estructura productiva y por tanto las relaciones sociales de producción. Este cambio afecta a su vez a la estructura y composición de clase desplazando el conflicto de su posición vertical originaria.

En las sociedades occidentales tardocapitalistas, ya hemos visto que el gasto público del Estado está en torno al 40 % del Producto Nacional Bruto, la ocupación pública supone más de un cuarto de la ocupación total, la propensión de los individuos al consumo aparece incontenible, entre otras cosas porque constituye la base de la legitimación, las actividades reproductivas pasan, casi todas, a través de la gestión estatal y parte de la actividad económica está gestada directamente por el aparato del Estado.

Según Offe, este proceso de la sociedad industrial capitalista parece comportar una cantidad creciente de fenómenos y elementos estructurales que se sustraen a la lógica de la valorización del capital individual y que al mismo tiempo se vinculan a la valorización del capital global sólo de forma ambivalente.

Los elementos estructurales que en las sociedades industriales capitalistas no asumen ya la forma de mercancías se pueden identificar de tres maneras: 1) según el criterio del empleo o no de la fuerza de trabajo en la economía. En los países occidentales desarrollados alrededor del 50 % de la población activa se caracteriza por formas de socialización externas al mercado; 2) examinando la distribución de la fuerza de trabajo empleada en la economía en funciones laborales que ocasionan plusvalía, o en funciones administrativas y de servicios. Se trata de subrayar el incremento de procesos de trabajo que no están organizados como procesos de valorización directa del capital, asalariados que no producen plusvalía, y 3) considerando el empleo del valor social producido, tanto en el ámbito de la valoración capitalista como en el de su uso concreto, es decir, del aumento de la cantidad de valor empleado de forma no capitalista (infraestructuras).

Describe por tanto aquí tres procesos: a) el surgimiento de formas de socialización que no son «trabajo», b) el crecimiento cuantitativo de formas de trabajo separadas de la valorización, y c) el aumento de cantidades de plusvalía que, teniendo en cuenta el empleo que se les da, no constituyen capital sino renta.

Estos procesos representan sin excepción, *desviaciones* respecto al modo de socialización capitalista, cuya aparición es genética y funcionalmente *necesaria*. Respecto al carácter abstracto del proceso de valorización del capital, suponen un cuerpo extraño, cuya contradicción estructural es causa de conflictos. Esto es debido a que dentro del sistema político de las sociedades tardocapitalistas los procesos sociales ya no se desarrollan más allá de la esfera de la acción política, sino que son regulados y sostenidos por una intervención política continuada. En este sistema político integral representado por una sociedad literalmente *estatalizada*, los espacios libres eventuales han perdido el carácter de bastiones de la esfera privada protegidos por el derecho natural.

Esto le conduce a avanzar la hipótesis de que dentro de los Estados tardocapitalistas de tipo asistencial y social, la autonomía del Estado respecto al ámbito de circulación de las mercancías no se asegura ya en el plano institucional y, más aún, que se ha consolidado un sistema casi perfecto de aparato de intervención estatal.

El sistema de las instituciones políticas de la sociedad liberal-capitalista se caracterizaba, a diferencia del tardocapitalista, por el hecho de que el sistema económico estaba institucionalizado como ámbito extraestatal, y que la clase económicamente dominante poseía, de hecho, el monopolio de la dirección a nivel de las decisiones políticas. La estructura de este modelo se presentaba de manera que tanto los límites que definían el radio de acción del sistema político como los que determinaban las oportunidades de expresión política de las necesidades, coincidían con las fronteras de clase establecidas en el plano económico. Es evidente que sólo en estas circunstancias la *economía política* puede proporcionar la clave para el análisis de las estructuras globales de dominio. En condiciones del capitalismo tardío, sin embargo, es cada vez menos plausible el intento de explicar el poder políticamente organizado sobre la base de la economía política. Los dos aspectos de la relación de clase que se expresan en el plano político son problemáticos en las condiciones institucionales de la sociedad tardocapitalista con régimen democrático-institucional: por una parte, frente a las facultades generales de intervención del Estado, resultan imprecisos los contornos de las esferas reservadas a la disposición *exclusiva* de los *particulares*; por otra, dentro de un sistema de formación de la voluntad política caracterizado por intereses plurales y por el sufragio universal, resulta difícil descubrir las

barreras institucionales que impiden a determinados grupos de intereses participar en el proceso de formación de la voluntad política. El *Welfare State* funda su legitimación sobre el postulado de la participación universal en el proceso de formación de la voluntad política y sobre la posibilidad —independientemente de la clase a la que se pertenezca— de usufructuar las prestaciones del Estado y sus intervenciones de carácter regulador.

Rechazando tanto la economía política como el modelo weberiano de las clases, Offe aporta una serie de elementos nuevos:

a. El nexo entre las *prestaciones individuales de trabajo* y el *salario* es menos rígido. En la sociedad industrial moderna en la que el trabajo se desarrolla principalmente en grandes estructuras organizativas caracterizadas por la distribución especializada de las funciones, tanto en sentido vertical como horizontal, este nexo ya no está determinado directamente por valoraciones de mercado, sino por mecanismos políticos o cuasi políticos de valoración.

b. La parte de las condiciones concretas de vida de los individuos, que puede ser modificable a través de la disposición individual de la renta, va en disminución, por lo menos para un amplio *estrato medio* que se sitúa por encima de las condiciones de subsistencia. Más allá de la esfera del consumo individual de los bienes se extiende un ámbito de necesidades vitales que no se pueden satisfacer con medios adquiribles individualmente, sino con medios determinados y distribuidos política e institucionalmente. Nos referimos a los sectores de la educación, de la seguridad social y física, de la sanidad, transporte, vivienda, etcétera.

c. Tanto entre el trabajo y la renta como entre la renta y la estructura concreta de las *oportunidades de vida* intervienen, en buena medida, variables políticamente manipulables. Por eso las nuevas formas de la *desigualdad social* no pueden ser ya reconducidas directamente a *relaciones de clase* definidas sobre el plano económico y ser explicadas como el reflejo de tales relaciones. Conviene descubrir en el plano del sistema político aquellos mecanismos que, por un lado, sustituyen el sistema «vertical» de las desigualdades de las situaciones de clase por un sistema «horizontal» de *disparidad entre ámbitos de vida* y, por otro, conservan, a causa de su renuncia a la inter-

vención pública, fragmentos de desigualdad debidos a razones directamente económicas.

d. La presencia simultánea de la relación de disparidad entre ámbitos de vida y de residuos de la desigualdad generada por el mercado condiciona también el nexo entre *posición de clase, nivel de conciencia y potencial conflictual* históricamente relevante. Se funda la hipótesis, según la cual, dentro de las condiciones del capitalismo regulado del Estado asistencial el dominio del hombre sobre el hombre (o de una clase sobre otra), ha sido sustituido por el predominio de unos pocos *ámbitos funcionales* sobre todos los demás.

Así pues, en las condiciones del tardocapitalismo parece más adecuada una explicación *funcional* de los privilegios y de las orientaciones operativas que chocan dentro del *proceso de utilización* del poder políticamente organizado.

El *interés* estructuralmente privilegiado de una clase dominante ha pasado a ser el *interés* imperativo, objetivo y autónomo del sistema por su propia supervivencia, que no se subordina a otros intereses y que se basa en la solución de tres problemas fundamentales: a) *la estabilidad económica*, que comprende los problemas de la garantía del pleno empleo y de un crecimiento económico equilibrado. En este contexto el proceso de valorización privada, precisamente por su importancia central para la supervivencia del sistema, es mediado políticamente hasta sus últimos detalles; b) el conjunto de las *relaciones de política exterior*, de comercio exterior y de política militar, que comprende los problemas de equilibrio que se presentan en el plano de las organizaciones internacionales y del aparato militar; c) el conjunto de las garantías de la *lealtad de las masas* que se refiere a los problemas de integración interna de la población.

Se entiende, por tanto, que si éstos son los intereses y las prioridades básicas del sistema que han desplazado los intereses de la clase dominante, dentro del capitalismo regulado estatalmente, el conflicto global entre las clases no representa ya el centro dinámico del cambio social. A él se sobrepone cada vez más un modelo «horizontal» de desigualdades y disparidades entre los diversos ámbitos de vida.

Esta postura no descarta el conflicto basado en la economía política, sino que lo enlaza con la nueva situación política, dando lugar a un cambio estructural de primera importancia analítica y politicoestratégica, modificando la estructura y los fren-

tes conflictuales. Las formas de conflicto que se desarrollan tienen en común el hecho de que los protagonistas son grupos sociales extraños a la forma de mercancía. La actividad del obrero industrial se caracteriza por el entrelazamiento de una doble función consistente en producir al mismo tiempo valores de uso y mercancías; en estos grupos conflictuales, por el contrario, la relación con los valores de uso —con su producción o con su consumo— no está ya mediada por la forma de valor abstracto. En efecto, la reproducción material del sistema social se desarrolla cada vez más fuera de la esfera del mercado, puesto que el mismo proceso de valorización ya no puede ser canalizado en puras y simples categorías de intercambio, teniendo necesidad de utilizar trabajo concreto que no crea plusvalía ni constituye, por tanto, trabajo explotado. Puesto que estamos frente a un tipo de proceso de valorización que se organiza cada vez más a través de actos dirigidos y formas de socialización de *carácter administrativo*, separados de la producción de mercancías, resulta problemático fundar el concepto de clase revolucionaria sobre los criterios de doble carácter del trabajo y de la explotación. La politización formal del proceso de valorización cambia la estructura de clase.

En este contexto, Offe reconsidera el papel del trabajo y del movimiento obrero, entendidos en el sentido de la economía política marxista clásica, como ejes fundamentales del cambio. En respuesta a una pregunta sobre el futuro del socialismo europeo y el papel del Estado declara <sup>57</sup>:

En mis primeros estudios pensé que el papel del trabajo era fundamental para la igualdad de los individuos como trabajadores y que todos los otros roles tales como el de consumidor, hombre/mujer, ciudadano, cliente, habitante de un territorio, etc., eran menos relevantes o se derivaban directamente del hecho de que los individuos fuesen trabajadores. Ahora pienso que tanto los efectos homogeneizadores del trabajo como su importancia central en el análisis social deben ser cuestionados.

Con respecto a la homogeneización, tenemos estudios de la segmentación del mercado de trabajo y consideraciones sociológicas de las *nuevas clases medias* donde se pone claramente de manifiesto que el trabajo asalariado subordinado no significa lo mismo en todas partes y que existe una estructuración in-

---

<sup>57</sup> C. Offe, «European socialism and the role of the state», *Kapitalstate*, 7, 1978, pp. 27-37.



terna en la clase trabajadora. A diferencia de algunos escritores marxistas de la segunda y tercera internacional, esta diferenciación no es un residuo del pasado feudal, sino que más bien es algo que se reproduce cada vez más. El trabajo asalariado no determina homogéneamente la existencia social. Existen numerosas categorías de diferenciación —incluyendo las distinciones entre el mercado de trabajo primario y secundario; trabajadores cualificados o no; divisiones basadas en el sexo; trabajo en el sector de producción de bienes o de servicios, etcétera. Esta creciente heterogeneidad constituye un serio problema para la acción colectiva de la clase trabajadora y sus organizaciones políticas y económicas.

Mi tesis es que en la moderna situación del capitalismo no hay una condición central que determine causalmente el resto de las condiciones de forma mecánica. El rol del trabajo es sólo en parte determinante de la existencia social.

Si a esto añadimos que el capital depende cada vez más de soportes organizativos no capitalistas, entonces el movimiento obrero entendido en el sentido tradicional se ha agotado y no puede evitar su vinculación a otros movimientos y conflictos generados por consumidores, ecologistas, feministas, etcétera. Por tanto, el problema del movimiento obrero es cómo llegar a ser algo *más* que un movimiento obrero.

Carboni<sup>58</sup>, que asume en buena parte el modelo de Offe, subraya que la mediación del Estado actúa sobre todo el proceso social reestructurando las clases, que aparecen tanto sobre las relaciones sociales de producción como sobre las de distribución y reproducción. La identidad de los sujetos sociales en esta etapa del capitalismo maduro está muy fraccionada y no monopolizada por las relaciones sociales de producción. Las identidades colectivas que en la etapa del capitalismo monopolista se basaron sobre la identidad de clase ahora aparecen vinculadas a paradigmas distributivos y reproductivos.

La composición social del tardocapitalismo no ve ya solamente reagrupamientos sobre la base de las prestaciones laborales de las relaciones de producción, sino sobre la base de formas que se refieren al *Estado de ciudadanía o de exclusión*. Todo el tejido social es permeado por el Estado en formas de ciudadanía que por una parte expresan integración social, pero

---

<sup>58</sup> C. Carboni, «L'impatto dello Stato sulle trasformazioni della composizione di classe. Notte per una ripresa del dibattito», *Inchiesta*, julio-septiembre de 1982, pp. 20 ss.

por otra abren horizontes de conflictualidad social importantes y de contradicciones en las relaciones Estado-sociedad.

#### IV. CONCLUSION

Quienes siguen todavía la línea de la economía política marxista en el análisis de las clases aceptan muchas de las transformaciones actuales de la estructura social, como la mediación política del Estado, la transformación de los sectores productivos y la estructura laboral, la institucionalización de la mano de obra, etcétera, pero no consideran que estos cambios hayan alterado las bases estructurales de la dominación, cuyo eje sigue girando aún sobre las relaciones sociales de producción.

Therborn<sup>59</sup>, por ejemplo, subraya que no han cambiado los objetivos básicos de la clase obrera —salarios, condiciones de trabajo, empleo, etcétera—, ni se ha alterado la dinámica fundamental del capitalismo, aunque es verdad que han cambiado los parámetros políticos de las clases. Lo que sí ha conseguido el *Welfare State* es marginar la pobreza y la oposición a través de la institucionalización del paro y los convenios colectivos, reduciendo la presión del ejército industrial de reserva, pero a su vez ha generado nuevas fuerzas de izquierda sobre todo en el sector público y en la esfera de la reproducción socializada<sup>60</sup>, que se unen a la clase trabajadora en los conflictos contra el Estado. Es una equivocación pensar que las reivindicaciones de la clase trabajadora tradicional, las formas organizativas y de lucha van a disminuir con la disminución cuantitativa de los obreros empleados en la industria.

Simon Clarke<sup>61</sup> va más allá al afirmar que la aparente neutralidad que parece asumir el Estado no es su característica esencial, sino más bien una característica de su *forma fetichizada*, por la cual éste lleva a cabo el papel del capital. El Estado se convierte así en un momento del proceso de reproducción, porque el capitalismo no es una estructura, sino un proceso de producción, aunque contradictorio, en el que el Estado asume en cada momento histórico una forma contingente. La clave de

---

<sup>59</sup> G. Therborn, «The prospects of labour...», ob. cit.

<sup>60</sup> M. Teodori, *Las nuevas izquierdas europeas*, Barcelona, Blume, 1978.

<sup>61</sup> S. Clarke, «State, class struggle and reproduction of capital», *Kapitalestate*, núms. 10-11, 1983, pp. 113-135.

la dominación política de la clase capitalista está en su habilidad para representar sus propios intereses como los intereses de la «sociedad» o de la «nación». Así pues, la *autonomía* del Estado es la *forma* que toma actualmente, pero esa forma no está en su esencia.

Por el contrario, aquellos que se esfuerzan por estudiar la sociedad capitalista desde una óptica sistémica, sin abandonar muchos de los elementos de la economía política del *Capital*, tratan de alcanzar una teoría de las contradicciones e incompatibilidades estructurales del capitalismo contemporáneo que sea capaz de explicar sus últimas transformaciones en la dialéctica del Estado-sociedad civil, o estudian cómo identificar la lucha de clases en conflictos situados fuera de la producción de mercancías.

En este último caso, algunas contribuciones han atraído especialmente la atención, puesto que proveen un soporte empírico y teórico a la idea de que la lucha de clases también se desarrolla más allá de la creación de valor en el puesto de trabajo, puesto que dichas actividades están íntimamente vinculadas a la de la reproducción fuera de él. Estos trabajos son los de Aglietta<sup>62</sup>, Bleitrach y Chenu<sup>63</sup>, Fincher<sup>64</sup>, etcétera. Su finalidad es demostrar la inseparabilidad de los aspectos productivos, reproductivos y consumistas de la clase trabajadora en la vida diaria, porque la lucha de clases no se practica solamente sobre el aspecto del proceso de creación del valor, sino que es también un conjunto de *prácticas* que incrementan la *capacidad de clase*.

Por último, en un sistema donde la acumulación de capital es regulada por el Estado, la economía política no ofrece por sí sola la anatomía de la sociedad, habrá que buscar dentro de los aparatos de mediación política del Estado aquellos mecanismos que modifican el sistema de dominación y por tanto los mecanismos y formas de apropiación de la plusvalía, que son los que, en definitiva, configuran las clases.

Muchos interrogantes se abren todavía ante esta nueva teoría de explicación paradigmática: ¿Cuáles son los criterios selectivos de la mediación estatal?, ¿qué mecanismos utilizan los

---

<sup>62</sup> M. Aglietta, *A theory of capitalist regulation*, Londres, New Left Books, 1979.

<sup>63</sup> D. Bleitrach, A. Chenu, *L'usine et la vie*, París, Maspero, 1979.

<sup>64</sup> R. Fincher, «Identifying class struggle outside commodity production», *Environment and planning. Society and Space*, 1984, vol. 2, páginas 309-327.

grupos sociales para influir en el sistema político?, ¿qué papel juega el discurso ideológico olvidado en la teoría sistémica, o las implicaciones internacionales en las políticas de Bienestar?, ¿es el *crisis-management* del *Welfare* un período transitorio o definitivo del Estado?

Offe trata de responder a algunos de estos interrogantes elaborando tipologías selectivas de la mediación estatal, analizando algunas de las instituciones que median intereses sociales, como los partidos, los sindicatos y sus últimas transformaciones, pero otros quedan todavía por responder. En sus últimos ensayos se aprecia un abandono paulatino de algunas categorías de la teoría sistémica, aunque todavía el *Welfare* y sus instituciones son vistas como el medio y el fin de las luchas por la distribución del poder en las esferas de la sociedad civil y el Estado. Habrá que esperar para ver cómo se desarrollan muchas de las ideas que configuran esta nueva aportación metodológica.

Lo que sí parece evidente es que los cambios estructurales que en los niveles económico, político e ideológico ha traído aparejados la nueva forma de Estado en la sociedad occidental, ponen en tela de juicio muchas de las categorías de los paradigmas tradicionales y reclaman nuevos esfuerzos de interpretación, si queremos acertar en el análisis complejo de la realidad social.